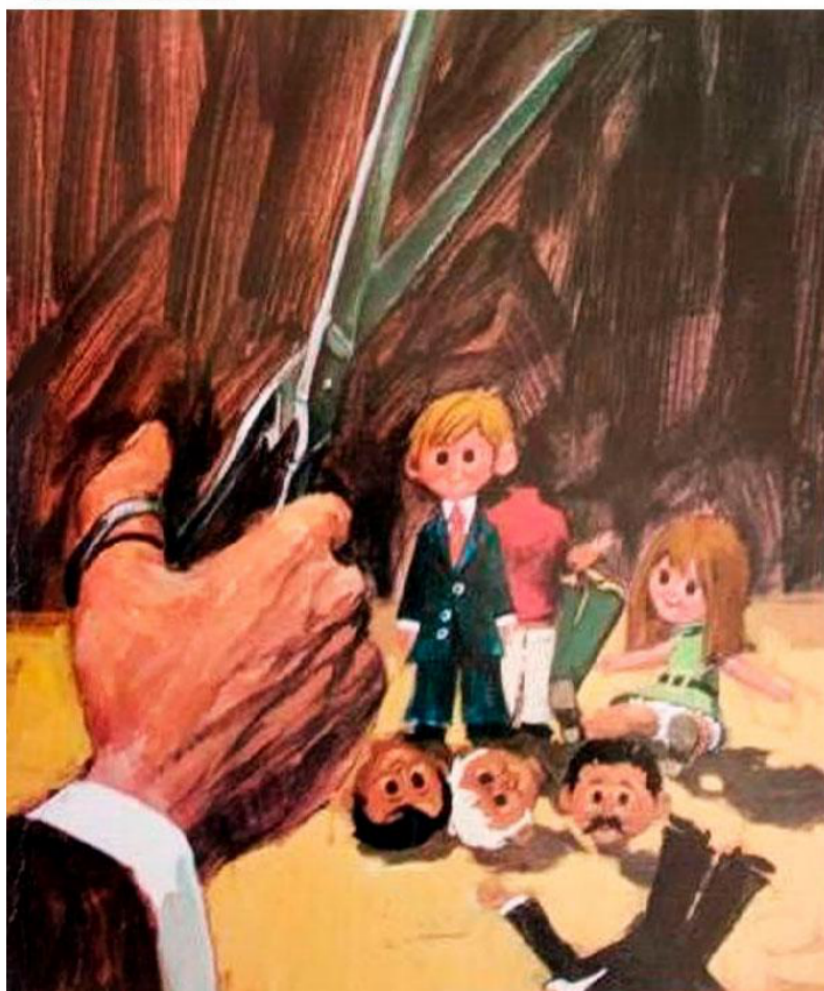


BOLSILIBROS
BRUGUERA
●
SERIE
**PUNTO
ROJO**

CORTACABEZAS

clark carrados



COLECCION

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

CORTACABEZAS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 450

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Déposito legal: B 39.364 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: diciembre, 1970

© CLARK CARRADOS, 1970
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.165 — Rescate.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.053 — De paseo con un tigre.

En Colección BÚFALO:

890 — Águila con pistolas.

En Colección CALIFORNIA:

741 — Retrato de la muerte

En Colección COLORADO:

683 — Cuervos sobre la herencia.

En Colección KANSAS:

632 — El día del desquite.

En Colección BRAVO OESTE:

507 — «T» para un traidor.

En Colección PUNTO ROJO:

433 — ¿Quién mató a Norma Bibbs?

En Colección SALVAJE TEXAS:

733 — El honor del capitán Grabb.

En Colección ASES DEL OESTE:

453 — Se vende una pistola.

En Colección ENVIADO SECRETO:

102 — ¡Destruir al destructor!

CAPÍTULO PRIMERO

Con toda parsimonia, el hombre sacó la pistola de la funda axilar y la revisó meticulosamente. Agregó un suplemento al cañón, a fin de hacerlo más largo, en el cual estaba ya acoplado el silenciador, y luego sacó del bolsillo derecho del abrigo negro que vestía, un pequeño tubo plegado en dos, que al desplegarse quedó convertido en el vástago de un culatín acoplable a la pistola.

Por último, sacó un visor telescópico de puntería y lo acopló al arma. Hecho esto, realizó un par de silenciosos ejercicios de puntería con el arma y luego se dispuso a esperar, agazapado en las sombras.

Su objetivo estaba en una casa de discreta apariencia, en una de cuyas ventanas se veía un poco de luz, como si la habitación estuviese alumbrada solamente por una lámpara de poca potencia. Hacía un viento fresco y el suelo estaba brillante por la humedad.

De pronto, la luz de la ventana se hizo más intensa. Alguien había encendido otra lámpara.

Una silueta apareció en el campo visual del asesino. Casi en el acto, vio la de una mujer.

Ella abrazó apasionadamente al hombre. Luego se separaron.

Entonces, el asesino levantó el arma y aplicó el ojo al visor. Fijó la cruceta de puntería en la puerta de la casa y esperó.

La puerta se abrió. El hombre apareció en el umbral, subiéndose el cuello del abrigo. El dedo índice del asesino se contrajo y salió la bala.

La víctima sufrió un terrible espasmo. Se tambaleó hacia atrás, extendiendo los brazos como si buscara un punto de apoyo. Luego pareció como si fuese a recobrar el equilibrio.

Después, lentamente, resbaló hasta quedar hecho un ovillo en el suelo, junto al umbral de la puerta. Se agitó un poco y luego se quedó definitivamente quieto.

Con toda tranquilidad, sin mostrar la menor alteración, el asesino despiezó el arma nuevamente y luego, con el aspecto de una persona decente que hubiera salido a dar un paseo, abandonó el lugar del crimen.

Duke Stark leyó las noticias que traía el periódico de la mañana y meneó la cabeza.

—Pobre hombre —murmuró—. Me pregunto por qué lo habrán liquidado.

El diario traía una circunstanciada relación del asesinato de Will Hopkins, prominente industrial, quien había sido encontrado muerto de un balazo en la puerta de una casa situada en las afueras de la población. El oficial de policía encargado del caso había declarado que, por el momento, no se conocían los posibles motivos del crimen.

La dueña de la casa había sido interrogada. Susan Berg había manifestado no conocer a la víctima en absoluto.

—Mentirosa —dijo Stark.

El teléfono sonó de pronto. Stark alargó la mano y levantó el aparato.

—Sí —murmuró perezosamente.

—Hola, Duke —sonó una voz insinuante en sus oídos—. ¿Puedo esperarte hoy?

—Puedes, cariño —contestó Stark.

—Aclárame esto, por favor. Poder esperarte, puedo siempre; lo que yo quiero es saber si esa espera tendrá su premio.

—Tendrá el premio de mi deslumbrante presencia, beldad.

—Gracias, amorcito. ¿A la hora de costumbre?

—*Okay*, nena.

Stark colgó. Olvidado de la mujer, continuó la lectura del periódico. De pronto, llamaron a la puerta. Stark se puso en pie.

Cruzó la estancia y abrió. Una hermosa joven apareció ante sus ojos.

—¿Señor Stark?

—Sí, señora.

—¿Puedo pasar? Necesito hablar con usted, por favor.

Stark se echó a un lado. Ella cruzó el umbral con paso fácil y gracioso a la vez. Era joven, muy esbelta, de buena estatura y tenía

el pelo y los ojos intensamente negros.

Al llegar al centro de la estancia, se volvió y miró a Stark fijamente.

—Necesito que vigile a una persona —declaró sin más rodeos.

—Ése es mi oficio... a veces.

—¿Cómo que a veces? En la placa de la puerta pone que usted es investigador privado.

—Si la investigación no me conviene, rechazo el encargo, señorita... Por cierto, todavía no me ha dicho su nombre.

—Gussie Gayle, señor Stark.

—Gussie —repitió él—. Diminutivo de Augusta.

—Sí.

—Bien, ¿a quién he de vigilar?

Gussie vaciló un momento. De súbito, echó a andar hacia la puerta.

—Ya no hace falta —declaró sorprendentemente—. Me lo he pensado mejor y desisto de lo que le iba a encomendar. Perdóneme la molestia, señor Stark.

—Oh —dijo Stark. Luego reaccionó y corrió hacia la puerta, para abrirla a su visitante—. Ha sido un placer, señorita Gayle.

—Lo siento. Dispénsese —se excusó Gussie. Stark se encogió de hombros al quedarse solo.

—La verdad es que cada día hay menos locos en el manicomio y más en la calle —masculló disgustadamente.

Con la misma tranquilidad que si se hubiese tratado de una labor cualquiera, el asesino montó de nuevo su pistola especial. Agazapado en el quicio de la puerta, ejercitó su puntería un par de veces contra otra puerta, situada casi enfrente, un poco a su izquierda. La distancia era inferior a los cincuenta metros.

El asesino esperaba a su nueva víctima.

Stark dio un paso, otro...

De pronto, se oyó un ligero ruidito en la parte posterior de la casa. Ella puso cara de alarma.

—¡Él! —gritó.

—¿Quién? —pregunta Stark, vagamente alarmado.

—Él —repitió ella—. Ha vuelto. Tienes que irte, Duke.

Stark lanzó una maldición:

—Tú no me habías dicho que...

Una voz sonó al otro lado de la casa:

—¡Effie! ¿Dónde diablos estás?

La mujer empujó a Stark hacia la puerta.

—Corre, sal por la parte delantera. Él ha venido por la trasera, precisamente para sorprendernos.

Stark maldijo su mala suerte. De haber sabido que aquella hermosa y voluble mujer tenía dueño legal, no habría acudido a la cita. Había cierta clase de compromisos que evitaba sistemáticamente, siempre que le resultaba posible.

No se lo pensó dos veces. El otro seguía llamando a Effie a voz en cuello. Stark abrió la puerta y se lanzó escaleras abajo, saltando los peldaños de cuadro en cuatro.

—¡Effie! ¿Contestas o no? —rugió el burlado.

—Ya voy, ya voy, cariño; estaba dormida...

Mientras tanto, Stark había llegado a la puerta, la abrió de golpe y dio un tremendo salto para cruzar el umbral. Con gran sorpresa suya, se tropezó con un individuo, que estaba parado en el quicio.

El sujeto rodó por tierra a consecuencia del encontronazo. Stark vaciló unos instantes, pero consiguió mantener el equilibrio.

El otro gateaba por el suelo, intentando ponerse en pie, a la vez que profería juramentos en voz baja. Dentro de la casa sonó un estentóreo bramido:

—¡Ah, maldita, me has estado engañando!

Stark no se lo pensó dos veces más y puso pies en polvorosa, despreocupándose en absoluto del individuo con quién había chocado. Ni siquiera se dio cuenta del arma que yacía sobre el asfalto mojado.

El burlado corrió hacia la salida.

—Todavía puedo darle alcance —gruñó.

Llegó a la puerta y vio a un hombre en pie. Inmediatamente, sin pensárselo dos veces, la emprendió a golpes con él.

—Tú, maldito, me has engañado... —repetía, mientras movía sus brazos con la velocidad de una ametralladora.

El asesino intentó defenderse. Era inútil. El otro resultó mucho más fuerte que él y, además, estaba animado de un lógico deseo de desquite. Al cabo de unos segundos, abrumado a golpes, cayó al suelo, gimiendo de dolor.

El burlado se despidió con la propina de un tremendo puntapié en las costillas del que suponía burlador de su honra. Mientras, la víctima había salido de su casa sin ser molestada, ignorante del fortuito incidente que le había salvado la vida.

Stark se juró que, en lo sucesivo, indagaría el estado civil de toda mujer que le guiñase un ojo, antes de aceptar las consecuencias de tal guiño.

—Me ha engañado —se decía a la mañana siguiente—. Se quitaba el anillo de casada cuando yo iba a verla.

Jamás, jamás se vería de nuevo en un compromiso semejante, se prometió a sí mismo, mientras hojeaba el periódico. De pronto sonó el teléfono.

Stark levantó el aparato. Una voz femenina sonó en sus oídos:

—Señor Stark, aquí el *Horror & Crime Magazine*. No se retire, por favor, le va a hablar el señor Carpenn.

—Muy bien, señorita.

Instantes después, Stark oía otra voz:

—Duke, habla Carpenn. ¿Cómo va su cuento? Lo necesito para el próximo número.

Recuerde que ya le guardo su espacio en la revista.

—Sí, jefe —contestó Stark—, no me olvido de ese cuento, pero...

—Hace ya dos semanas que debería haberlo enviado —bramó Carpenn—. No me diga que no lo tiene escrito todavía.

—Verá, jefe, es que me hablaron de una taberna... Bueno, necesito ambiente, ¿sabe? Pensaba ir esta noche... Iré esta noche, desde luego; el ambiente es imprescindible para el éxito de mi narración... Lo tendrá dentro de un par de días, se lo aseguro.

—Está bien, siendo así, lo pasaré por alto. Pero no se burle de mí o no volverá a escribir más para mi revista.

—Sí, señor Carpenn, no se preocupe; tendrá su cuento. Y, a propósito, ¿se enteró usted de la muerte de Hopkins?

—Lo leí en los periódicos. No lo conocía. Es un tema que no me interesa. Adiós.

El editor colgó el teléfono. Stark oyó el «click» y se quedó mirando unos segundos al aparato.

—Mal genio —murmuró indignadamente.

Y luego se dispuso a trabajar de nuevo en el cuento policial,

pero a la media hora se dio cuenta de que mientras no estudiase antes el ambiente que le era preciso para un perfecto desarrollo de la narración, no podría seguir adelante con probabilidades de éxito.

La taberna tenía un extraño nombre: El Enano Cojo, obra sin duda de algún humorista, pensó Stark, mientras empujaba la puerta.

El local estaba lleno de gente de todo pelaje. Abundaban las mujeres pintadas y las caras torvas eran la norma y no la excepción.

Stark había adoptado una indumentaria adecuada para la ocasión: traje oscuro y camisa casi negra, con corbata clara. El ala del sombrero le caía sobre los ojos.

Avanzó hacia el mostrador. Una pechugona camarera le interrogó sobre sus preferencias.

—Vitriolo con unas gotas de cianuro —pidió Stark. La camarera soltó una risita.

—Tienes buen humor —dijo.

—No me gusta llorar —contestó él.

La *barmaid* le sirvió una copa. Stark tomó un traga. Creyó que de veras le habían puesto vitriolo en la copa.

—Di... diablos, es fuerte —calificó.

Ella sonrió.

—Especialidad de la casa —dijo.

Un hombre se acercó en aquel momento. Llevaba unas espesas gafas negras, pero se veían algunos moretones en su cara. Era delgado y de regular estatura. A Stark le pareció vagamente conocido, aunque no hubiera podido afirmar dónde lo había visto.

—Sara —dijo el hombre.

—¿Qué quieres, Grudder?

—Envíame una botella a aquella mesa. Con dos copas.

—¿Esperas a alguien?

—Eso no te importa a ti.

Una moneda voló por los aires y fue a desaparecer en el escote de la camarera. Sara se encogió de hombros.

—Tipo asqueroso —masculló. Cumplió el encargo y volvió junto a Stark—. No te fíes de Grudder nunca —aconsejó.

—¿Qué hace ese sujeto? —preguntó Stark.

—Todo, menos trabajar decentemente.

—Parece como si alguien le hubiera zurrado de lo lindo.

—Seguro. Pero yo no arrendaría la ganancia al que lo vapuleó. Grudder es muy rencoroso.

—Lo conoces bien, ¿eh?

—Tengo motivos —declaró Sara lacónicamente.

Vino un cliente y Sara se alejó, dejando a Stark solo. El joven bebió lentamente el contenido de su copa, mientras estudiaba el variado muestrario de fauna humana que poblaba la taberna.

Grudder estaba sentado ante una mesa y bebía lenta y pausadamente. Un hombre llegó de pronto y se sentó frente a él. Parecía tener unos cincuenta años, pelo entrecano y vestía con relativa modestia. Los dos hombres se enfrascaron en una animada conversación.

De pronto, Stark vio algo que le dejó sin aliento.

—¡Ella! —exclamó, sin poder contenerse.

Le pareció asombroso. Gussie Gayle estaba en la taberna.

La joven estaba sentada delante de una mesa, con una copa apenas tocada. Vestía blusa roja y falda negra, muy corta y, además, abierta totalmente por el costado izquierdo. Fumaba con aire displicente, mientras contemplaba con cierta atención el ambiente que la rodeaba.

Obedeciendo a un súbito impulso, Stark se acercó a la mesa y se sentó frente a la muchacha.

—Hola, señorita Gayle —saludó sonriendo. Gussie se sobresaltó ligeramente.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

—Cosas de mi oficio —contestó Stark.

—¿Investigaciones?

—Más o menos. ¿Y usted?

Gussie se mordió los labios.

—Nada que le importe —contestó desabridamente.

—¿Espera a alguien?

—Eso es cuenta mía.

—La amabilidad no es su fuerte —se quejó él.

—¡Por favor! —La voz de Gussie sonaba crispada.

Stark creyó adivinar un cierto temor en la muchacha. ¿De qué estaba asustada?

—Me gustaría ayudaría —dijo con sincero acento.

—Muchas gracias, pero no es necesario. Dispénseme, tengo que irme.

Gussie puso una moneda sobre la mesa y se levantó.

—La acompañaré —se ofreció Stark.

Ella vaciló.

—Está bien —aceptó al cabo—. Se lo agradezco, pero no me haga preguntas.

—Lo prometo.

Los dos juntos se dirigieron hacia la salida. Stark pasó junto a Grudder y su acompañante, sin dirigirles más que una mirada casual.

Salieron a la calle.

—Hace mejor tiempo —sonrió él.

—Sí, menos frío que anoche.

El suelo estaba brillante. Los faroles aparecían envueltos en un halo amarillento.

Caminaron medio centenar de metros. De pronto, al doblar una esquina, dos hombres aparecieron ante la pareja.

—Ésa es —dijo uno de los sujetos.

El otro sacó una navaja de espantables dimensiones y la apoyó en el estómago de Stark.

—No se mueva o lo rajo —amenazó.

—¿Qué pasa? —preguntó Stark—. ¿Es un atraco?

—Cállese —dijo brutalmente el hampón—. ¿Listo, Buck?

—Cuando quieras, Softy —contestó el otro, cuya mano derecha se aferraba a la muñeca de Gussie.

Stark se dio cuenta de que la chica no había pronunciado una sola palabra. ¿Le hacía callar el miedo?

—Entonces, si no es un atraco, es un secuestro —manifestó.

—Vamos, Buck —dijo el de la navaja.

Buck empezó a tirar de Gussie.

—Nos vamos —dijo Softy—. No intente seguimos.

—Yo no les seguiré, pero tal vez lo haga el policía de la ronda. Le estoy viendo asomar por aquella esquina.

Softy cayó en la trampa. Volvió la cabeza un instante. Al siguiente, su mandíbula crujía a causa del rechazazo que Stark había aplicado en ella con todas sus fuerzas.

Softy cayó con los pies por alto. Buck intentó sacar una pistola.

Entonces, Gussie le pegó un puntapié en la rodilla derecha. Buck lanzó un rugido de dolor y empezó a dar saltos sobre un solo pie.

Stark se abalanzó sobre él y le castigó el estómago. Buck emitía gruñidos animales. Al fin, extendió los brazos y cayó de espaldas.

Gussie lanzó un grito:

—¡Cuidado, señor Stark!

El joven se volvió. Softy caía sobre él, coa una expresión homicida en los ojos.

Stark levantó el pie derecho y golpeó la ingle de su adversario. Softy cayó de rodillas con una indescriptible mueca de dolor en la cara.

Una rodilla se elevó violentamente hacia su mandíbula. Softy emitió un gruñido y rodó a un lado, perdido el conocimiento.

—Bueno, ya está —dijo Stark alegremente.

Y se volvió hacia la muchacha.

Se llevó un gran chasco: Gussie había desaparecido.

—Una escandalosa falta de gratitud —calificó, decepcionado, la actitud de la muchacha.

Los dos días siguientes se los pasó encerrado en casa, escribiendo el relato policiaco. Al terminarlo, se fue a ver a su editor.

Jack Carpenn era un hombre agradable, de mediana edad, con aspecto de gustarle la buena vida.

—Espero que sea bueno —dijo, refiriéndose al relato.

—Si no, no se lo hubiera traído —sonrió Stark.

—Es curioso, —dijo el editor—. Nunca había visto a un investigador privado que, además, escribiese relatos policiales.

—El oficio sirve para algo, creo yo.

—Sí. Usted estuvo algunos años en la policía, ¿no es cierto?

—Casi seis. Hice de todo, desde regular el tránsito hasta pesquisas en la Brigada Criminal.

—Y luego dejó el cuerpo.

—Me gusta la independencia. Además, por aquel entonces, publiqué mi primer cuento y pensé que podría ganarme mejor la vida de esta manera.

—Claro —sonrió Carpenn comprensivamente—. La semana que viene le enviaré el cheque Duke.

—De acuerdo.

- A propósito, ¿qué tal el ambiente de El Enano Cojo?
- No está mal. Creí que habría más ambiente.
- Usted habrá añadido algo de su fantasía, ¿no es cierto?
- Claro que sí. Adiós, señor Carpenn.
- Hasta la vista, Duke.

Stark salió de la oficina del editor, diciéndose que podía tomarse un par de días de descanso. No aceptaría clientes, aunque llegasen a encomendarle alguna investigación. Por la noche se dirigió a El Enano Cojo.

Sara, la opulenta *barmaid*, atendía a un par de individuos. Stark aguardó pacientemente a que la mujer hubiese terminado.

Ella le vio a los pocos momentos y sus ojos chispearon.

—Me alegro de verte —dijo—. ¿Qué quieres beber?

—Más que beber, quiero hablar, Sara...

—Éste no es un buen lugar —dijo ella maliciosamente.

—Opino lo mismo, hermosa.

—Aguarda un momento.

Sara habló con un camarero y luego regresó junto a Stark.

—Vamos —dijo.

Stark siguió a la *barmaid*. Sara se acercó a una puerta situada junto al mostrador y la abrió. Luego emprendió la ascensión por una escalera mal iluminada hasta llegar al primer piso. Entró en una habitación y esperó a Stark en la puerta.

—Pasa —invitó, con la sonrisa en los labios.

Stark cruzó el umbral y cerró la puerta. Apenas lo había hecho, Sara se colgó de su cuello.

—Querido —susurró, con acento cargado de pasión.

Bien mirado, aunque un poco basta, Sara resultaba bastante atractiva. Stark era un hombre.

Pero había venido a conversar, se dijo poco después.

—Tenemos que hablar, Sara —manifestó.

—Sí, querido —contestó ella, ahuecándose el pelo delante de un espejo—. ¿Qué quieres saber?

—¿Cómo sabes que quiero saber algo? —rió él.

—Tienes pinta de sabueso. ¿Polizonte?

—No. Privado. Pero en este caso, absolutamente privado.

—¿Qué quieres decir?

—Trabajo exclusivamente para mí, Sara.

—Ah, entiendo. ¿Y...?

—Quiero que me digas algo de dos tipos llamados Buck y Softy. No sé más de ellos.

Sara se olvidó de su pelo y se volvió hacia el joven.

—Cuidado, Duke —exclamó—. Mencionando a esos dos sujetos, es lo mismo que si mencionases al mismísimo Satanás y a su hermano.

CAPÍTULO II

Stark no pestañeó al oír la respuesta.

—¿Tan malos son? —preguntó.

—La peste andando —calificó Sara crudamente.

—Hace tres noches les di un buen vapuleo.

—¿Tú? —dijo ella, atónita.

—Sí. ¿Por qué te extraña?

—Es la primera vez que oigo una cosa semejante. —Alguno tenía que ser el primero, nena. ¿Para quién trabajan?

Sara se encogió de hombros. Terminó de arreglarse el pelo, llenó dos copas y entregó una a Stark.

—Nunca lo dicen. Son muy reservados, pero son de los que suelen dar trabajo al enterrador —dijo.

Stark bebió un trago.

—Quisieron raptar a una chica —dijo.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Eso es lo que yo quisiera saber. Iba con ella y me vi metido de repente en el jaleo.

—¿Quién es la chica?

—Tú no la conoces. Sólo ha estado aquí una vez.

—Y quisieron raptarla cuando tú la acompañabas.

—Sí.

—¿Quieres que te ayude? Dime su nombre, Duke.

—Gussie Gayle. ¿Te suena?

Sara meneó la cabeza.

—Si al menos la conociera personalmente...

—Alta, delgada, morena, ojos negros...

—Hay muchas así —suspiró Sara.

—Sí, es cierto. Bueno, esperaré a ver si viene otra vez.

—Aguarda un momento —dijo ella.

Sara se acercó a una de las paredes y recorrió un cuadro, que

se deslizaba a lo largo de unos delgados carriles. Una ranura quedó al descubierto, de unos cinco centímetros de anchura por veinte de longitud.

—Mira a ver si está —dijo.

Stark aplicó los ojos a la mirilla. Una exclamación de sorpresa se escapó de sus labios en el acto.

—¡Sí, ha venido! —dijo.

Harv Grudder maldijo entre dientes al recordar el doloroso incidente de noches atrás. Un hombre le había derribado por tierra y otro le había vapuleado luego a conciencia. Además, y esto era lo importante, entre uno y otro le habían impedido llevar a cabo su misión.

Esperaba que aquella noche no ocurriese nada. Le habían dado una orden y tenía que cumplirla por encima de todo.

Como la vez anterior, se apostó en el portal. Preparó la pistola y se dispuso a esperar.

Transcurrió media hora. De pronto, oyó que se abría la puerta a sus espaldas. Una mano tocó su hombro.

Grudder se volvió instintivamente. Un puño avanzó hacia su cara con terrible fuerza.

Grudder salió disparado al arroyo. El otro se le arrojó encima y empezó a darle de puntapiés.

—Cerdo —le apostrofó, ardiendo de ira—. Todavía no has aprendido que debes dejar en paz a mi mujer.

Grudder aullaba de dolor. Intentó levantarse, pero lo único que consiguió fue recibir una espantosa serie de golpes en la cara y en el cuerpo. Su atacante parecía poseer unas fuerzas descomunales.

Al cabo, Grudder se desplomó al suelo, sin ánimos para resistirse. Un puntapié de despedida le arrancó un aullido de dolor.

—Si vuelves por aquí, te despellejaré vivo —amenazó el otro, apuntándole con la mano.

Grudder permaneció quieto unos momentos. Luego, arrastrándose penosamente, recogió el arma y se sentó con la espalda apoyada en la pared.

Tenía sabor de sangre en la boca. Con la lengua se tanteó la dentadura; dos piezas estaban muy flojas, a punto de caerse. Los labios estaban enormemente hinchados y apenas si podía ver por análoga razón. Los costados le dolían horriblemente, pero todavía

era capaz de razonar.

De pronto, vio abrirse la puerta de la otra casa. Un hombre apareció en el umbral. Grudder levantó la pistola y tomó puntería. Disparó una vez.

El hombre empezó a chillar al sentirse herido. Grudder maldijo entre dientes; su pulso inseguro le había hecho fallar.

Disparó de nuevo, una, dos, tres, cuatro veces... Quería compensar la falta de pulso con la intensidad de su fuego.

La víctima cayó. Grudder se puso en pie y se alejó tambaleándose.

Un pito policial sonó cerca. Pasos de alguien que corría se oyeron en las inmediaciones.

Grudder buscó desesperadamente un lugar donde esconderse. El policía le vio de pronto.

—¡Alto! —gritó.

Grudder se detuvo. Volvió el arma. Estaba demasiado cerca de su víctima. Si le atrapaban, su suerte estaba echada.

El policía de la ronda nocturna le vio y disparó su revólver. Los estampidos sonaron estruendosamente. Grudder sintió unos golpes en el pecho y empezó a caer. La pistola resbaló de sus manos y rebotó metálicamente sobre el asfalto. Todo se hizo negro a su alrededor con gran rapidez.

—¿Tiene ganas de que intenten secuestrarla de nuevo?

Gussie fijó los ojos en el hombre que tenía frente a sí.

—Lo que yo haga no le importa a usted —contestó fríamente.

Stark tomó una silla y se sentó casi junto a la muchacha.

—Me interesa, pese a lo que opina en contra —dijo.

—Yo no le he encargado ninguna investigación.

—La estoy haciendo por mi cuenta.

—¿Se da cuenta de que me está molestando?

—¿A quién teme, Gussie?

Ella apretó los labios.

—¡Camarero! —llamó.

El aludido acudió instantáneamente.

—¿Señorita?

—¿Tienen ustedes matón en la taberna? Me refiero al que cuida del orden —dijo Gussie.

—Pues...

Stark se puso en pie.

—No se moleste, no es necesario que llame al matón —dijo—. Ya me marcho.

—Gracias, camarero, eso es todo —habló Gussie con glacial acento.

—Una chica arisca, ¿eh? —comentó Sara poco más tarde.

—Sí, metafóricamente me ha dado una buena patada —admitió Star—. Oye, no veo a Buck ni a Softy —dijo.

—No son clientes habituales de la taberna —contestó Sara—. ¿Tienes interés en verlos?

—Hasta cierto punto.

—En tal caso, ve al

Gram's.

Es probable que los encuentres allí.

—¿Dónde cae el

Gram's,

preciosa?

—A dos manzanas de aquí, hacia el norte.

—Gracias. ¿Te debo algo?

Sara sonrió.

—Ya lo has pagado —contestó maliciosamente.

Stark sonrió también. Miró hacia la mesa ocupada por Gussie. La muchacha había desaparecido.

El

Gram's

era un local de más baja categoría aún que El Enano Cojo. Stark se dijo que allí podía encontrar, si lo deseaba, gente capaz de despenar a un prójimo por diez dólares. Buck y Softy no aparecían a la vista. Stark decidió preguntar en el mostrador.

Un tipo mal encarado le preguntó qué deseaba beber.

—Lo mejor —contestó Stark.

El barman le puso delante un vaso con licor. Stark tomó un trago y luego dejó sobre la mesa un billete de cinco dólares.

—Busco a Buck y a Softy —dijo.

El barman le miró recelosamente.

—¿Para qué los quiere? —preguntó.

—Cinco dólares me dan derecho a no contestar —habló el joven

fríamente.

El barman vaciló.

—Espere un momento —dijo al cabo, guardando el billete con gesto avaricioso—. Voy a ver si han venido.

Stark aguardó cosa de cinco minutos. El barman volvió al cabo y se inclinó hacia él.

—Por la puerta del fondo, arriba, la última a la derecha —señaló.

—Gracias.

Stark atravesó el local y subió al primer piso, hallándose en un corredor escasamente iluminado. Abrió la última puerta de la derecha y se encontró en una habitación vacía.

Primero pensó que el barman le había engañado. Luego se dijo que Buck y Softy no tardarían en llegar...

«Les habrá avisado y estarán en camino», calculó.

Encendió un cigarrillo. Los minutos empezaron a pasar lentamente.

De pronto le pareció oír un golpe en la pared. El golpe se repitió varias veces seguidas. Stark se acercó al tabique y pegó con los nudillos. Alguien lo golpeó por el otro lado.

La curiosidad invadió su ánimo. Abandonó el cuarto y salió al pasillo.

Los golpes sonaban en la habitación contigua. La puerta estaba cerrada con llave, pero no era obstáculo para Stark.

Al cabo de un minuto, se había abierto paso. Entró en la habitación, dio la luz y vio que estaba desierta.

Pero los golpes seguían repitiéndose. Stark descubrió un gran armario y corrió hacia él.

Abrió las dos puertas. Gussie Gayle le dirigió una muda mirada de súplica. No podía hablar, a causa de la mordaza que cubría su boca.

Y huir le era imposible, porque estaba atada de pies y manos. Stark emitió una alegre sonrisa.

—Lo siento —dijo—. Usted me prohibió que la ayudase.

Y cerró las puertas del armario, pero Gussie las abrió con un fuerte golpe dado con dos pies a la vez.

—Ah, ahora quiere que la ayude —dijo Stark.

Gussie hizo un parpadeo de asentimiento. Stark se inclinó sobre

ella y le quitó la mordaza.

—Parece que Buck y Softy se salieron al fin con la suya —dijo él, después de que hubo liberado a Gussie de sus ataduras.

—Así es —confirmó ella, frotándose las muñecas—. Lo consiguieron.

—Pero yo la he librado del peligro.

—No bromea, ha dicho la pura verdad. Esos tipos iban a matarme a la madrugada.

Stark levantó las cejas.

—¿Habla en serio?

—Lo dijeron delante de mí —afirmó Gussie.

—Pero, bueno, ¿por qué quieren matarla?

—Mi hermano.

—¿Qué le pasa a su hermano?

—Está preso. Condenado a cadena perpetua.

Stark silbó.

—No es una condena leve —comentó.

—No, no lo es, pero lo peor de todo es que condenaron a un inocente.

—¿De veras?

—Jerry no cometió el asesinato que se le imputó en el juicio.

—Gussie, los jueces no condenan a un hombre a estar encerrado por el resto de sus días sin un motivo muy grave —alegó Stark.

—¿Qué puede hacer un juez si le presentan pruebas fraguadas deliberadamente?

—¿Puede usted demostrarlo?

—¡Oh, ya veo que no me cree! —dijo Gussie rabiosamente—. Está bien, gracias por haberme soltado. Adiós.

—¿Se marcha?

—No voy a quedarme aquí toda la vida —contestó ella con tono ácido.

Se dirigió hacia la puerta y la abrió resueltamente.

Stark corrió tras ella.

—Saldremos juntos —propuso.

—Pero nos separaremos en la calle.

—Usted no confía en mí —se dolió él.

—En nadie —contestó Gussie tajantemente.

Llegaron al final del pasillo. Cuando iban a abrir la puerta,

alguien se les anticipó desde el otro lado.

Los dos matones aparecieron repentinamente a la vista de la pareja. Durante un instante, se sintieron desconcertados, pero Buck reaccionó velozmente y sacó una pistola.

—Quietos —ordenó—. Levanten las manos o empezaré a tiros ahora mismo.

CAPÍTULO III

A la acción de Buck siguió otra no menos centelleante por parte de Stark. Su pie derecho se alzó velozmente y golpeó la pistola, que voló por los aires.

Buck lanzó un grito de rabia. Stark disparó su puño y le alcanzó en la mandíbula, lanzándolo hacia atrás.

El pistolero estaba en el arranque de la escalera. Cayó y arrastró a Softy en su caída. Los dos rodaron estruendosamente por los escalones hasta el primer descansillo.

—Por aquí no podremos salir —dijo la muchacha aprensivamente.

—Hay otra ruta de escape. Venga.

Stark tiró de la mano de la muchacha y la arrastró hasta la habitación donde había estado encerrada. Detrás de ellos se oían las voces coléricas de los hampones.

—Silencio —aconsejó Stark.

Aguardaron al otro lado de la puerta. Pronto oyeron los pasos de la pareja de pistoleros.

—Date prisa, Softy —gritó Buck.

Los dos sujetos irrumpieron en la estancia. Stark dejó que Buck pasara casi hasta el centro. Luego, saltando hacia delante, agarró a Softy por los hombros y le pegó un tremendo empujón.

Softy corrió unos cuantos pasos, inclinándose cada vez más. Su cabeza chocó contra el armario y las puertas saltaron en astillas con gran estrépito.

Buck se revolvió ferozmente. Stark le golpeó tres o cuatro veces, haciéndole retroceder hasta cerca de la ventana. Luego, tomando impulso, descargó su último puñetazo.

El hampón resultó arrancado del suelo. Voló hacia atrás, rompió los cristales y salió disparado a través de la ventana.

Se oyó un agudo chillido. Luego, el estruendo de un cuerpo

humano al caer sobre algo que se rompía con grandes crujidos de maderas astilladas.

—¡Cuidado! —gritó Gussie de pronto.

Stark se revolvió. Softy había conseguido salir del armario, en el que había entrado sin abrir las puertas.

Estaba un tanto aturdido, pero se mantenía en pie. Stark fue hacia él y lo agarró por el cuello de la chaqueta y el fondillo de los pantalones.

Softy lanzó un grito de pavor al sentirse proyectado a través de la ventana. Describió una larga parábola en el aire y cayó sobre otro cajón vacío, que hizo astillas con su cuerpo.

Stark se asomó un instante a la ventana. Los dos hampones estaban caídos en un patio de desahogo, lleno de cajones vacíos y trastos viejos. Gemían sordamente, mientras se movían con evidente torpeza, maltrechos y doloridos por el vapuleo recibido.

—Asunto concluido —dijo Stark alegremente. Y dio media vuelta.

La sonrisa se esfumó casi de sus labios, pero Stark pareció tomárselo con filosofía.

—Eso de desaparecer después de cada bronca, se va convirtiendo ya en una costumbre inveterada de Gussie —murmuró.

Al día siguiente, Stark se enteró por la prensa de que había muerto un tal Geoffrey Smull, asesinado de varios balazos.

El homicida, un tal Harv Grudder, asesino profesional, había sido muerto a su vez por un policía de la ronda. El arma con que se había cometido el crimen había sido hallada en las manos de Grudder.

Los motivos de la muerte de Smull permanecían en el misterio. Pensativo, Stark se mordió los labios mientras pensaba en el hombre con quién había hablado Grudder noches antes en El Enano Cojo.

Grudder era un asesino profesional. Mataba por encargo.

—Bien pagado, por supuesto —murmuró.

¿Le había dado orden aquel desconocido de matar a Smull?, se preguntó. ¿Debía investigar?

Al final llegó a una conclusión:

—Esto es asunto de la policía.

A la misma hora, un hombre, sentado ante su mesa de trabajo,

con el cajón central abierto, contemplaba una fila de muñequitos situados en el interior de una caja de forma alargada.

Cuatro de los muñecos eran varones. El quinto era hembra.

Al primero le faltaba la cabeza. El hombre sacó el segundo muñeco, de goma, y con unas grandes tijeras le cortó la cabeza, que lanzó al fondo del cajón.

Luego tapó la caja y cerró el cajón.

—Tres conservan aún la cabeza sobre sus hombros —murmuró—. Y deben perderla —añadió con voz crispada.

Sara, la *barmaid* de El Enano Cojo, sonrió alegremente al ver entrar a Stark en la taberna. Inmediatamente dio una orden al camarero que tenía al lado y luego abandonó el mostrador.

Guiñó un ojo a Stark. El joven la siguió hasta la habitación del piso superior.

—Sabía que vendrías —dijo ella, colgándose de su cuello, apenas hubo cerrado la puerta.

—Pero hoy he venido para otros asuntos, nena —alegó Stark.

—Oh, yo creí que...

Stark le dio una palmada en la mejilla.

—Quiero que, me contestes a unas cuantas preguntas —dijo.

—Está bien —suspiró ella, resignada—. ¿Qué quieres saber?

—¿Has leído los periódicos?

—Sí, un polizonte «apioló» a Grudder. Estamos de enhorabuena.

—No parece que apreciases mucho a Grudder.

—Era un asesino profesional. ¿Quieres que me eche a llorar?

—Ya —sonrió Stark—. ¿Recuerdas que estuvo aquí hace poco?

—Sí, venía con alguna frecuencia.

—La última vez, estuvo hablando con un tipo. ¿Le viste?

—En efecto, pero al otro no le conozco, había estado jamás aquí. Stark sonrió de mala gana.

—No podía esperar que lo conocieras —dijo.

—Créeme que lo siento, Duke.

—Bah, no tiene importancia. Gracias, Sara; eso es todo.

—¿Te marchas?

—Tengo trabajo.

—Tu visita ha sido muy breve.

—Otro día vendré aquí para estar exclusivamente contigo.

—Te tomo la palabra, Duke.

Stark se dirigió hacia la puerta. Antes de salir. Sara dijo:

—He oído noticias de Buck y de Softy, Duke.

—¿Interesantes?

—Anoche alguien les propinó una paliza de órdago. —Sara soltó una risita—. Pero de las buenas, Duke.

—No me digas.

—Anda, no te hagas el desentendido. Demasiado sabemos los dos quién lo hizo, ¿no es cierto?

Stark sonrió.

—Discutimos un poco, como buenos amigos —contestó.

—Debió de ser una discusión un poco «movida».

—Bastante, a decir verdad. Oye, se me ocurre una idea.

—Dime, querido.

—Tengo la sensación de que Buck y Softy son dos asalariados. ¿Puedes decirme para quién trabajan?

—Desde luego. Yo creí que lo sabías, Duke.

—Pues no, no lo sé. Vamos, suéltalo ya, hermosa.

—Se llama Larry Becq, Duke.

—¿Qué hace Becq?

—Tiene un club en la Tercera Avenida, doscientos veintisiete. Chicas elegantes, bebidas caras, ambiente refinado... y mesas de juego.

—Para gente con posibles.

—Sí, Duke.

—Estás muy bien enterada, Sara. Ella hizo una mueca.

—Trabajé allí hasta el año pasado —contestó.

—Y lo dejaste.

—Becq me despidió.

—¿Por qué?

—Le pegué un botellazo, a un tipo que se ponía demasiado pesado conmigo. Cuando un hombre no me gusta, se lo digo bien claro.

—A botellazos —sonrió Stark.

—El fulano quiso rajarme la cara con una navaja. ¿Qué podía hacer yo?

—Te comprendo. Gracias, Sara; volveré otro rato.

—Que no sea el siglo que viene —dijo ella, riendo.

Stark abandonó el local. Salió a la calle y, apenas había dado unos pasos, oyó una voz que pronunciaba su nombre:

—Señor Stark...

El joven se volvió. Amparado en las sombras, un sujeto le miraba fijamente, pegado a la pared y con un cigarrillo pendiente de los labios.

—¿Sí?

—Voy a darle un consejo. Olvídese de Gussie Gayle.

Stark se estremeció. La voz del individuo era fría, despiadada, aun careciendo apenas de tonalidades.

—¿Por qué? —quiso saber.

—No haga preguntas. Tome nota del consejo y sígalo al pie de la letra.

Stark se acercó al individuo. Éste dijo:

—Cuidado. Tengo una pistola en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Quién le ha dado ese consejo? —preguntó Stark.

—Eso es cosa que no le interesa. Si no hace caso, ya no habrá más advertencias.

—¿De veras?

—Es mi última palabra. Ahora, váyase.

—¿Adónde?

El pistolero respingó.

—¡Qué sé yo! No me importa, váyase.

—¿Tal vez al doscientos veintisiete de la Tercera Avenida?

Hubo un momento de silencio. De pronto, Stark creyó advertir un gesto hostil en el otro.

Veloz como el pensamiento, alargó el brazo izquierdo y aferró la muñeca del pistolero. Era un hombre delgado y no demasiado fuerte; de los que lo fiaban todo a las armas, pensó Stark.

Descargó un tremendo puñetazo en el estómago de su adversario. Luego, otro muy seguido. El rufián gimió de agonía y empezó a doblarse hacia adelante.

Stark castigó el estómago del sujeto por tercera vez. El pistolero, incapaz de aguantar el dolor, cayó despacio al suelo, en donde se quedó quejándose débilmente.

Stark le quitó la pistola. Sacó el cargador y tiró las balas a una alcantarilla cercana. El otro se retorció en el suelo, completamente fuera de combate.

Una divertida sonrisa apareció en los labios del joven. Agarró la pistola y se la metió en la boca a su dueño. Luego, silbando alegremente, las manos en los bolsillos, emprendió el regreso a su casa.

CAPÍTULO IV

Stark se hallaba estudiando unas notas, que componían el esquema de un relato policíaco, cuando, de pronto, sonó el teléfono.

Alargó la mano.

—Stark —dijo, cuando tuvo el aparato al alcance de sus labios.

—Hola; soy Carpenn. He leído su relato. Me ha entusiasmado.

—Lo celebro infinito —sonrió Stark.

—Ya le he mandado el cheque por correo. He aumentado en un veinticinco por ciento el importe de los derechos. El relato lo vale.

—Mil gracias, señor Carpenn.

—No me las dé, muchacho; es pura justicia. A propósito, ¿cuándo me trae otro?

—Esta vez tardaré algún tiempo. Apenas lo he esbozado, señor Carpenn.

—¿Será interesante? Procure que sea de una extensión doble de lo corriente; ya sabe que en cada número de la revista publicamos un relato largo.

—Veremos. De momento está en embrión todavía —respondió Stark cautamente.

—¿Estuvo en aquella taberna para ambientarse? Me refiero a El Enano Cojo. Vaya un nombrecito más raro, ¿eh?

—Un poco, sí, señor. Estuve y conseguí algunas buenas impresiones. Pero luego encontré otra taberna con mejor ambiente todavía.

—Eso es estupendo. Quiero que mis escritores hagan ver la realidad al lector. Stark, ha sido un placer saludarle.

—Lo mismo digo, señor Carpenn.

Stark volvió el teléfono a la horquilla. Puso los pies en la mesa, se colgó un cigarrillo de los labios y se enfrascó de nuevo en el esquema del relato.

El editor le pedía realismo. Bueno, no se podía decir que todo lo

que le había sucedido hasta ahora fuese obra exclusiva de su fantasía.

El club de Becq estaba en un edificio de aspecto noble, situado en uno de los lugares más céntricos. Era una casa de tres plantas, de estilo neoclásico, con una pequeña marquesina que imitaba un templete griego.

La puerta era de roble tallado, con adornos de bronce. Para llegar a ella, era preciso subir una escalera de piedra de varios peldaños. Stark subió los escalones uno a uno, llegó a la puerta y vio a su derecha un largo cordón de terciopelo rojo oscuro.

Tiró del cordón. A poco, alguien abrió una mirilla en uno de los paneles de la puerta.

—¿Sí? —murmuró el individuo.

—Soy amigo del señor Becq —mintió Stark.

—Aguarde un momento, por favor.

La mirilla se cerró. Stark aguardó pacientemente.

Medio minuto más tarde, la puerta se abrió. Un sujeto elegantemente vestido dirigió a Stark una cálida sonrisa.

—El señor viene sin duda a formular su inscripción como socio en el club —dijo.

—Efectivamente. Me llamo Martin, Bill Martin —dijo el joven con notable descaro.

—Por aquí, señor Martin, tenga la bondad. Yo soy Frekko, gerente del club.

—Encantado, Frekko.

El interior estaba lujosamente decorado. Grandes espejos, arañas de cristal tallado, espesos cortinajes de terciopelo rojo y alfombras gruesas y cálidas. Frekko le condujo a un despachito y le entregó una ficha para que la rellenara con sus datos.

Stark escribió en los huecos destinados al efecto, firmó y devolvió la tarjeta a Frekko.

—La cuota de inscripción son cincuenta dólares, señor Martin —declaró Frekko—. Admitimos cheques, por supuesto.

—Oh, llevo dinero encima.

—Gracias, señor. Sea bienvenido a nuestro club —dijo Frekko con la mejor de sus sonrisas. Y añadió—: Si se considera hombre afortunado en el juego, suba al segundo piso.

—Lo tendré en cuenta —contestó el joven. Abandonó el

despacho y vagó de un lado para otro.

Había caballeros vestidos de etiqueta y damas elegantemente vestidas con traje largo, aunque algunas, jóvenes sobre todo, usaban falda corta. Abundaban las joyas.

El bar era grande y había mesas con cómodos sillones para los que querían conversar apaciblemente. Los camareros iban y venían silenciosamente, corteses y eficientes.

Stark tomó un *whisky* en la barra. Luego decidió que valía la pena subir a la sala de juego.

El primer piso tenía todas las puertas cerradas. Stark supuso que cada puerta correspondía a un reservado. Subió al segundo y se detuvo ante una espesa cortina roja, parados ante la cual había dos sujetos de aspecto duro, como centinelas de la entrada.

—Hola —saludó Stark, amablemente—. ¿Ruleta, por favor?

—Puerta del centro, a la derecha, señor.

—Soy nuevo, je, je —rió el joven.

Apartó las cortinas. El pasillo era largo y amplio. Una gran araña llena de luces lo alumbraba brillantemente.

Stark supuso que las otras puertas corresponderían a salas donde se empleaban distintos sistemas de juego. Aquella noche, él prefería la ruleta.

Abrió la puerta. El salón era grande y había más de cincuenta personas, algunas bebiendo en un pequeño bar instalado en un rincón. La mayoría, sin embargo, estaban en torno a la mesa de ruleta, donde el *croupier* recitaba las jugadas con monótona voz de profesional.

A la derecha había una especie de garita sin techo, con rejas doradas, tras la cual se hallaba sentada una joven elegante y atractiva. Allí se cambiaba el dinero por fichas.

Stark se dispuso a cambiar cien dólares para pasar el rato. De pronto, se quedó inmóvil como una estatua.

Tenía razón para sorprenderse. Acababa de ver a la última persona a quien esperaba ver en semejante lugar.

El *croupier* anunció la jugada una vez más y, con la raqueta, empujó un montón de fichas hacia Gussie Gavie. La chica palmoteo alborozadamente.

—¡Qué suerte tengo! —exclamó—. Es la tercera vez que gano

esta noche. Estoy de suerte, por lo visto.

—Hagan juego, señores —voceó el *croupier*.

Stark calculó que Gussie había ganado más de tres mil dólares, a juzgar por el montón de fichas que tenía ante sí. La chica empujó unas cuantas fichas de a cien dólares cada una.

—Quinientos al trece negro —dijo.

La bola se paró en el trece negro. Sonaron murmullos de admiración. El *croupier* empujó una enorme cantidad de fichas hacia Gussie.

—¿Estoy soñando o despierta? —dijo la muchacha, parpadeando con fuerza.

—Abandone ahora que gana —murmuró Stark a su oído.

Gussie volvió la cabeza. Se sorprendió en el primer instante, pero enseguida reaccionó y le guiñó un ojo.

—Estoy de suerte —contestó, y empujó diez fichas de cien dólares hacia adelante. Perdió.

—¿Lo ve? Todavía está a tiempo.

—No sea pájaro de mal agüero. Todavía puedo resistir. Mil al trece rojo.

Gussie volvió a perder de nuevo. Se vieron sonrisitas compasivas a su lado.

—Ahora, dos mil al trece negro.

Salió el trece negro.

—Pleno —anunció el *croupier*.

Casi todas las fichas de la mesa fueron a parar a Gussie. La chica, tras una ligera vacilación, empujó la mitad hacia adelante.

—Al trece rojo ahora —dijo.

Gussie perdió.

—Tendré que ser más cauta —dijo.

—Se arruinará —avisó Stark.

—Pesimista —le apostrofó ella, con afectuosa sonrisa.

—¿Ha venido a ver a Becq? —preguntó Stark, ladeando la boca.

—¿Le importa mucho? ¡Tres mil al trece negro ahora!

—Tengo que hablarle.

—Estoy enviada por el juego —contestó ella, impertérrita.

—Pleno —exclamó el *croupier*.

—¡Fíjese, he ganado otro pleno! ¡El trece negro me trae suerte! —gritó Gussie alborozadamente.

Apretaba el bolso contra su pecho. De pronto, exclamó decidida:

—¡Todo lo que me queda al trece negro! ¡Ahora o nunca!

—Hagan juego, señores. ¿No va más? ¡El juego está hecho! —
declamó el *croupier*, impertérrito.

Gussie se inclinó hacia adelante, sujetando el bolso de tejido de plata con la mano izquierda, apoyada en la mesa. La bola volteó rápidamente y luego frenó basta detenerse en una casilla.

—¡Trece negro!

Stark creía ver visiones.

—Va a desbancar la casa —dijo.

Gussie se volvió y le dirigió una pícara sonrisa.

—Sí —contestó.

—¿Va a seguir jugando?

Ella agitó una mano.

—¡Camarero!

Un camarero acudió solícito.

—Lléveme las fichas a la caja de cambio —ordenó la muchacha.

—Al momento, señora.

—¿Me acompaña, Duke? —preguntó ella.

—Con mucho gusto.

Llegaron a la caja. La encargada dijo:

—Perdone, señorita; pero aquí no tengo numerario suficiente.
¿Quiere esperar un momento?

—Desde luego.

Gussie se volvió hacia Stark con ojos brillantes.

—¿Qué le ha parecido? —preguntó.

Stark la contempló unos segundos en silencio. Gussie aparecía ahora completamente distinta a como la había visto otras veces. El traje era elegantísimo y subrayaba rotundamente las esbeltas líneas de su cuerpo.

—También a mí me parece mentira —dijo—. ¿Cuánto cree haber ganado?

—Oh, fue un pleno de muchos miles de dólares. Cien mil o algo así.

—Vaya un palo para la banca.

Ella se encogió de hombros.

—Pronto se desquitarán —respondió con acento indiferente.

Frekko apareció de pronto ante la pareja.

—Señorita, ¿tiene la bondad de seguirme hasta el despacho del director? Allí tendremos sumo placer en canjearle las fichas por metálico.

—Con mucho gusto. ¿Viene usted, Duke?

Los ojos de Frekko relampaguearon. Stark maldijo el desliz de la muchacha. ¿Cómo no se le había ocurrido decirle que allí se llamaba Bill Martin?

—Desde luego —accedió.

—Por aquí, señores —indicó Frekko.

Salieron de la sala de juego y se dirigieron hacia el final del pasillo. Frekko abrió la puerta y se echó a un lado para que pasaran los dos.

Gussie cruzó el umbral, seguida de Stark. Un hombre alto, fornido, de sienes grises, correctamente vestido de etiqueta, se puso en pie al verles entrar.

—Señorita, señor —saludó cortésmente.

La puerta se cerró a espaldas de la pareja. Entonces, Becq dio una orden:

—Vamos, muchachos, registren el bolso de la chica.

Gussie lanzó un grito de susto. Stark se volvió y divisó a dos sujetos que avanzaban hacia ellos con una expresión de amenaza en sus rostros duros y ceñudos.

—¿Qué es esto? —protestó Gussie—. ¿Quién le autoriza usted a registrar mi bolso?

—Yo —contestó Becq—. Si compruebo que no ha hecho trampa, le abonaré íntegras sus ganancias, señorita Gayle. Pero si no es así...

Becq se interrumpió deliberadamente, dejando flotar en el aire la sombra de una amenaza mortal.

CAPÍTULO V

Una mano arrebató el bolso a Gussie. El esbirro lo llevó a la mesa de Becq, quien, tras abrirlo, lo volcó sin vacilar.

Una lluvia de objetos cayó sobre la mesa. Se oyó un golpe sordo.

—¿Qué es esto? —preguntó Becq, levantando en alto uno de los objetos salidos del bolso.

Gussie apretó los labios.

—No se lo diré —contestó.

Becq se echó a reír.

—Señorita, aquí conocemos más trucos de los que usted puede inventarse en el resto de sus días —manifestó. Movié la cosa en varios sentidos y añadió—: Ingenioso, pero visto. Un electroimán, accionado por una pila eléctrica con interruptor. Cuando le conviene, da la corriente y el electroimán actúa sobre la bola de la ruleta, ¿no es cierto?

—¿Y qué? —desafió Gussie—. Sí, hice trampa, pero usted se lo merecía. Merecía que yo le desbancase, para pagar con su dinero los gastos de la defensa de mi hermano.

—Su hermano fue condenado con toda justicia —alegó Becq.

—Usted fue uno de los que fraguaron las pruebas contra él —protestó la muchacha con gran vehemencia.

—No me culpe de cosas en las que no he tenido la menor intervención —dijo el dueño del club, con áspero acento.

—Entonces, ¿por qué envié a dos de sus sicarios a asesinarme? ¿Tanto me teme, que quiere suprimirme?

La cara de Becq se congestionó. Fue a decir algo, pero en aquel momento sonó el teléfono.

Becq levantó el aparato y escuchó atentamente. De pronto, fijó los ojos en Stark.

—Está bien, gracias, Frekko.

Y colgó el teléfono.

—Usted falsificó su ficha —acusó.

—Sí.

—Lo admite tan tranquilo —se admiró Becq.

—¿Voy a llorar por eso? —sonrió Stark.

Becq se pasó una mano por la cara.

—Vamos a hacer un trato. Váyanse y lo olvidaré todo —dijo.

—No...

Gussie intentó protestar, pero Stark la agarró de un brazo.

—Nos conviene —la interrumpió—. Vámonos.

—Mi dinero. Quiero que me paguen —protestó la chica.

—Ha sido ganado con trampas —alegó Becq.

—¿Qué trampas?

Becq levantó el electroimán.

—¡Esto! —rugió.

—Es la primera vez que lo veo —dijo Gussie, impasible—. No sé qué clase de aparato es ése.

Becq lanzó el electroimán a un rincón, con gesto lleno de furia. Luego echó todas las cosas de Gussie a su bolso, lo cerró y se lo tiró a la chica a través de la mesa.

—Es mi última advertencia —dijo coléricamente—. Váyanse y no me estorben más. Acompañadlos —ordenó a sus esbirros.

Stark tiró de Gussie.

—Vamos, vamos —gruñó, impaciente.

Los dos esbirros les empujaron sin contemplaciones.

—¡Becq, asesino! Pagaré caro esto que hace, se lo aseguro.

—¡Fuera! —aulló el individuo, perdidos los estribos.

Stark y la muchacha salieron al fin al pasillo, seguidos por los esbirros de Becq. De repente, al llegar frente a la sala de la ruleta, Gussie dio un salto lateral, abrió la puerta y lanzó un penetrante chillido:

—¡Socorro! ¡Ladrones! ¡Este club es una cueva de bandidos! ¡Se niegan a pagarme diciendo que he hecho trampas! ¡No jueguen más; todos son un hatajo de ladrones!

«La que se va a organizar», pensó Stark en cuanto oyó el primer alarido de Gussie.

Uno de los esbirros de Becq intentó agarrarla por un brazo pero ella, revolviéndose fieramente, le metió el pulgar en un ojo. El hombre se puso a dar saltos, a la vez que emitía roncós bramidos de

dolor.

—¡Son unos ladrones! —continuó gritando la muchacha—. Váyanse o les robarán.

—Está loca... —voceó el otro sujeto.

Gussie le asestó una terrible patada en la espinilla. Cincuenta o sesenta caras estupefactas contemplaban la escena.

Dos o tres empleados cruzaron la sala y se dirigieron hacia Gussie.

—¡Más ladrones! —chilló la chica, alborozadamente.

Alguien golpeó a Stark de pronto. El joven se volvió y asestó al importuno un puñetazo que le hizo volar hasta la pared opuesta.

Uno de los *croupiers* quiso echar a la joven. Ella le arañó en la cara ferozmente.

—¡Miren mi bolso! —Gussie lo vació de golpe, sin importarle perder el contenido—. Está vacío me han atracado en el despacho del primer ladrón que es Larry Becq... Ustedes lo vieron. Yo había ganado más de cien mil dólares...

Algunos de los clientes parecieron inquietarse.

—Oiga amigo —preguntó uno al *croupier*— ¿por qué no pagan aquí a los que ganan?

—¡Váyase al diablo! —contestó el interpelado de mal humor.

El otro no se inmutó. Disparó su puño y el *croupier* aterrizó sobre la mesa de ruleta barriendo las fichas con su cuerpo.

Beck salió de su despecho atraído por el escándalo Stark luchaba a brazo partido con uno de sus esbirros Derribó al sujeto alargó la mano y agarró una silla, lanzándola contra Becq.

En la sala de ruleta había ya un jaleo mayúsculo. Tres o cuatro airados individuos volcaron la mesa, con enorme estruendo. Otros agarraron botellas del bar y empezaron a tirarlas contra la caja.

Becq chillaba y se desgañitaba, sin que nadie le hiciese el menor caso.

—¡Vamos a pegar fuego a este antro de forajidos!... —propuso un exaltado combatiente.

Alguien le oyó, pero mal, y aulló:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Una estampida general se produjo en todos los pisos del edificio. Stark agarró a Gussie por un brazo y se la llevó hacia abajo.

En el primer piso, las puertas de los reservados se abrían con

enorme alboroto.

Algunas parejas salían, ellas chillando desesperadamente.

Un hombre surgió de repente ante Stark, empuñando una pistola.

—¡Condenado entrometido!... —dijo.

Era el pistolero que le había amenazado la víspera. Sin darle tiempo a reaccionar, Stark le pegó un tremendo golpe en la mano, haciendo saltar la pistola por los aires. Luego le arreó un derechazo que le hizo volar tres metros, antes de caer sobre una mesa, que se hizo astillas bajo su peso.

El escándalo era inenarrable. Las ventanas de la planta baja se abrían con gran estrépito y la gente se lanzaba a la calle de cabeza. Becq se arrancaba el pelo a puñados.

Los muebles se rompían y los cortinajes se rasgaban. Alguien agarró una silla y empezó a pegar silletazos contra los anaqueles del bar principal. El enorme espejo de adorno saltó en mil pedazos.

Frekko intentó frenar la marcha de la pareja. Stark le golpeó con el codo en la mandíbula y lo tiró de espaldas. Quiso levantarse, pero alguien que llegaba corriendo lo atropelló sin contemplaciones.

En la calle se oían ya las primeras sirenas policiales. Por fortuna, Stark y Gussie consiguieron escapar antes de que la policía tuviera tiempo de intervenir a fondo.

—Ya estará satisfecha... —dijo él, poniéndose un pañuelo mojado en el pómulo derecho—. Buena la ha organizado.

—¿Y no se lo merecía ese forajido? —exclamó Gussie, todavía muy excitada.

Stark se echó a reír.

—Su club ha quedado arrasado —comentó—. Habría salido ganando si la hubiese dejado irse con el dinero.

Gussie contempló melancólicamente uno de sus zapatos, al que le faltaba el tacón. Su traje estaba roto en algunos puntos y las medias eran solamente unas tiras de fina malla.

—Confieso que me dejé llevar de mis impulsos —dijo con triste acento—. Debiera haberme contentado con diez o doce mil dólares, pero el deseo de desquite fue más fuerte que yo.

Stark dejó el pañuelo a un lado y preparó dos copas.

—Beba —dijo persuasivamente—. Le conviene.

Gussie hipó un poco. Luego, serenándose, tomó un par de

sorbos.

—Gracias, Duke —dijo—. No sé cómo tiene tanta paciencia conmigo.

—Quizá porque es joven y bonita —contestó él sonriendo—. Si fuese vieja, gorda y fea, ni la miraría a la cara.

—No diga eso, usted igual me ayudaría. Y yo no me lo merezco...

—¿Por qué dice eso, chiquilla? ¿Se va a poner triste ahora?

Gussie suspiró fuertemente.

—Mi hermano está encerrado, acusado de un crimen que no cometió —dijo—. Temo que lo he estropeado todo, en lugar de ayudarle.

—¿Cómo sabe que él no lo hizo? —preguntó Stark.

—Lo negó siempre. Luego, cuando hablamos a solas, me juró que era cierto, que era inocente. Y yo le creo, Duke.

—Está bien, está bien; si es inocente, se probará. ¿Está Becq complicado en el asunto?

—Sí.

—¿Qué clase de complicidad?

—El muerto era empleado suyo.

—¿Cómo se llamaba? ¿Lo sabe usted, Gussie?

—Roy Ellar.

Stark hizo un gesto de asentimiento.

—Investigaré —prometió.

—Pero eso me costará dinero —objetó Gussie.

—Si su hermano es inocente, alguien tendrá que indemnizarle. Entonces le pasaré la minuta de honorarios.

Ella se esforzó por sonreír.

—Creo que acerté con buscarle a usted —dijo.

—Pero se marchó de repente aquel día. ¿Lo recuerda?

—Sí. —Gussie se sonrojó vivamente—. De pronto me di cuenta de que quizá no me llegaría el dinero.

—Comprendo. Luego pensó en desplumar a Becq.

—No lo hice mal del todo, ¿verdad?

—Se pasó de rosca, Gussie.

—Sí, ya lo sé —suspiró ella—. No pude contenerme; ¡era tan divertido ver cómo la bola obedecía cuando yo presionaba el botón del interruptor!

Stark se echó a reír.

—¿Quién le enseñó el truco?

—Mi hermano. Trabajó una buena temporada con Becq.

—Y luego, tal vez, surgieron diferencias...

—Sí. Por eso le inculparon del asesinato de Roy Ellar, Duke —
contestó la muchacha.

CAPÍTULO VI

Pete Frekko ocultaba la hinchazón de su ojo izquierdo con unas grandes gafas negras.

La mandíbula aún le dolía y el costado izquierdo le daba grandes pinchazos al respirar.

El aspecto de Becq era mucho mejor, pero por dentro hervía de cólera. Los destrozos sufridos en el club eran tremendos.

—Frekko, encárgate de la pareja —ordenó Becq—. Trata de hacer un arreglo con ellos.

—Bien, jefe. ¿Cuánto?

—Diez mil a cada uno y que abandonen la ciudad en el acto. No les des más oportunidades, ¿estamos?

—¿Qué haré si se niegan?

—Avísame. Yo hablaré entonces con Getty.

—Bien, señor Becq.

El dueño del club sacó dos fajos de billetes del cajón de la mesa y se los arrojó a su esbirro.

—Tienes veinticuatro horas para solventar este asunto, no lo olvides.

—Descuide. Mañana mismo o se han ido de la ciudad o le digo que puede avisar a Getty.

Frekko abandonó el despacho. Becq lanzó un vistazo al periódico que tenía sobre la mesa y lanzó un gemido:

«¡*Club arrasado por clientes irritados!* —Acusando de no pagar las ganancias, los clientes del Sun Club se amotinaron y destrozaron la mayor parte del mobiliario...»

—¡Esa maldita entrometida!... —se lamentó Becq.

Llamaron a la puerta. Stark se levantó y abrió.

Durante un segundo, contempló a Frekko con su eterna sonrisa en los labios.

—Entre —invitó por fin. Frekko cruzó el umbral.

—Quiero proponerle un trato —dijo.

—¿Sí?

Un sobre cruzó el espacio y fue a caer sobre la mesa de despacho.

—Ahí tiene diez de los grandes. Cójalos y lárguese la ciudad.

Stark se acercó a la mesa, tomó el fajo de billetes los hojeó con el pulgar.

—¿Desde cuándo se siente Becq tan generoso? —preguntó irónicamente.

—El señor Becq quiere tranquilidad —contestó Frekko, imperturbable.

—¿Cree que con diez mil podrá calmar su conciencia? ¿Se le aparece frecuentemente el fantasma de Roy Ellar?

Frekko apretó los labios.

—¡Guárdese el dinero! —añadió secamente.

Stark se acercó al individuo y le metió los billetes en el bolsillo.

—Váyase —agregó.

—Es su última oportunidad —gruñó el sujeto.

—Ya me lo figuro. O puente de plata o mensaje de plomo, ¿verdad?

Frekko se mantenía impasible. De pronto, Stark alargó la mano derecha y le quitó las gafas.

—¡Devuélvamelas! —pidió Frekko con un aullido.

—Me decepciona usted —dijo Stark—. Yo creía que tenía los dos ojos negros, pero eso es algo que se puede arreglar en el acto.

Un segundo después, Frekko retrocedía lanzando un grito. Tropezó con una silla y cayó al suelo.

Stark le tiró las gafas al pecho.

—Ahora ya tiene motivos para usarlas —dijo—. Si vuelve por aquí, tendrá que marcharse en una ambulancia.

Frekko se puso en pie torpemente, con un pañuelo en el ojo derecho.

—Acaba de perder la partida —amenazó.

El timbre del teléfono sonó. Becq alargó la mano y levantó el

aparato.

—¿Quién es?

—Frekko, jefe.

—¿Qué hay de nuevo?

—Stark se niega.

—De acuerdo. No insistas más.

—Sí, señor.

—¿Qué me dices de la chica?

—Voy a intentar localizarla. Le avisaré en cuanto lo haya conseguido.

—Perfectamente, Frekko, gracias.

Becq volvió el teléfono a la horquilla. Apenas lo había hecho, tuvo que levantarlo de nuevo.

—Habla Becq —dijo.

—Hola —habló alguien al otro lado de la línea con voz seca. Becq le reconoció en el acto, pero no pronunció ningún nombre.

—Diga —contestó simplemente.

—Ha leído los periódicos, supongo.

—Estaba delante cuando...

—No me refiero al club, sino a Grudder.

—Ah —murmuró Becq—. Por supuesto que los leí. ¿Qué es lo que desea ahora?

—Está claro. Un sustituto de Grudder.

Becq se mordió los labios.

—No sé... —vaciló.

—Tiene que hacerlo. A ambos nos conviene.

—Sí, claro, pero...

—¿Dejamos que la cosa siga adelante?

—¡Eso no! —protestó Becq vivamente—. De acuerdo, buscaré un sustituto de Grudder.

—A ver si es un poco más listo —rezongó el otro—. No quiero fallos, ¿estamos?

—Conforme.

—El próximo es Gerald Mac Cann. ¿Entendido?

—Sí, señor. Descuide, se hará.

—Así lo espero. Adiós.

Becq volvió el teléfono nuevamente a su sitio y lo miró con odio infinito.

«Si pudiera salir de este maldito asunto», se dijo.

Pero no podía, lo reconoció desanimadamente; estaba metido en él hasta el cuello y tenía que seguir adelante hasta el fin.

Una vez más, Sara sonrió complacida al ver entrar en su local a Duke Stark. Con un ligero guiño, le indicó el camino de la habitación superior, a lo que el joven contestó con un gesto afirmativo.

Momentos después, se reunían en el piso superior. Sara caminó con incitantes ondulaciones hacia el joven y le abrazó estrechamente.

—¿Motivos de tu visita? —preguntó, frotando su nariz contra la de Stark—. ¿Placer o negocios?

Stark sonrió. Era conveniente claudicar un poco.

—Ambas cosas —respondió.

—¿Por dónde empezamos? —quiso saber ella, mimosamente.

Stark tenía las manos apoyadas en su cintura.

—Primero, una copa. Mientras, hablaremos.

Sara le besó suavemente.

—Sí, cariño.

Llenó las copas. Desde el aparador de los licores, dijo:

—Puedes empezar, Duke.

—Se trata de un muchacho llamado Jerry Gayle, Sara.

—¡Gayle! —repitió ella asombrada—. ¿Qué ocurre con él?

—Está condenado a cadena perpetua.

—Ya lo sé. Mató a un tipo llamado Roy Ellar.

—Se asegura que es inocente, Sara.

La joven volvió hacia Stark con las copas en las manos.

—¿Quién lo dice, Duke?

—Su hermana, esa chica que estuvo hace noches aquí.

—Sí, la recuerdo. No la conocía —murmuró Sara.

—Ella dice que su hermano fue objeto de una confabulación.

—¿Y por qué vienes a decírmelo a mí? —se extrañó Sara.

—Sencillamente, a juzgar por la fecha en que se cometió el asesinato, tú estabas en el Sun Club.

—Es cierto, Duke. Incluso aquella noche estaba en el club, pero no presencié el crimen.

—¿Qué clase de sujeto era Ellar?

—Todo lo malo que puedas imaginarte. —Sara tomó un sorbo—.

Estoy segura de que muy pocos sintieron su muerte, y menos las chicas que trabajan en el club. Marcó a una en la cara con su navaja porque se negó a sonreírle, ¿comprendes?

—Sí. ¿De qué murió?

—Un tiro en el pecho. Muerte instantánea.

—¿Crees que fue Jerry Gayle?

Sara acabó el contenido de su copa.

—Chico, yo no lo presencié. Sólo puedo repetir lo que dijeron, que Jerry y Ellar habían discutido, y que Jerry, exasperado, le había pegado un tiro.

—¿Motivo de la discusión?

—El navajazo que pegó a la chica. Era la novia de Jerry.

—Entiendo. ¿Sabes si está aquí? Me refiero a la novia de Jerry, claro.

—Creo que sí. Se llama Dorothy Evans, pero no sé dónde vive.

—Está bien, ya indagaré su paradero. A propósito, ¿has leído los periódicos? Me refiero a la noticia del jaleo en el club de Becq.

Sara dejó escapar una sonora carcajada.

—Debió de ser estupendo. ¡Cómo me habría gustado estar allí!

—dijo, con ojos brillantes.

—Resultó entretenido, en efecto.

—¿Estuviste tú?

—Por eso lo digo.

Sara le miró un momento.

—Becq se lo merece —dijo.

Stark dejó la copa a un lado.

—Ya es suficiente —contestó.

Gussie leía tranquilamente un libro recién publicado, cuando, de repente, oyó el timbre de la puerta. Con el libro en la mano, el índice puesto en la página que iba a modo de señal, se acercó a la puerta y la abrió.

En el umbral, Pete Frekko se quitó cortésmente el sombrero y preguntó:

—¿Puedo pasar, señorita Gayle?

Gussie dudó un momento. Al fin se echó a un lado.

—Entre —accedió secamente.

Pero no invitó a su visitante a que se sentase ni le ofreció nada de beber.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó.

—El señor Becq me ha dado un mensaje para usted —respondió Frekko.

—Bien, suéltelo.

Frekko metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes, que depositó sobre una mesita próxima.

—Éste es el mensaje —declaró—. Acepte el dinero y váyase de la ciudad antes de veinticuatro horas.

—¿Qué pasará si no quiero irme? —preguntó la muchacha.

—Es preferible no pensarlo —dijo Frekko con acento de amenaza.

Gussie volvió los ojos un instante hacia el dinero. Calló un momento y luego se encaró de nuevo con el visitante.

—Llévese eso —dijo lacónicamente.

—Pero...

—Vamos, lléveselo —exclamó Gussie crispadamente—. ¿Cree que la libertad de mi hermano puede comprarse ni aunque sea con un millón de dólares?

—Reflexione, señorita.

—Ya está meditado —dijo la muchacha—. ¿Se lo lleva o se lo tiro a la cara?

El pecho de Frekko se hinchó.

—Aténgase a las consecuencias —contestó secamente.

Recogió el dinero y se dispuso a abandonar la casa. Gussie le llamó de pronto.

—¡Espere!

Frekko se volvió. Gussie, todavía con el libro en las manos, se acercó al individuo.

—¿Por qué lleva esas gafas oscuras? —preguntó.

—Eh... —Frekko se sobresaltó un instante—. Bueno, tengo las pupilas delicadas...

Gussie sonreía burlonamente.

—Me parece a mí que los motivos son muy otros —dijo.

Y de pronto, con gesto imprevisible, alargó la mano izquierda y le quitó las gafas. Una sonora carcajada se escapó de sus labios al ver los dos ojos amoratados.

—Se los han puesto buenos —exclamó—. Pero todavía le falta algo.

Movió la mano derecha y asestó con el libro un tremendo golpe en la nariz del visitante. Frekko lanzó un aullido de dolor y retrocedió tambaleándose.

Las lágrimas brotaron de sus ojos. Gussie abrió la puerta y sacó a empellones a su visitante. Desconcertado, Frekko no atinó a oponer resistencia.

Ella le arrojó las gafas y el sombrero al pasillo.

—¡Adiós!

Y cerró de un portazo.

CAPÍTULO VII

—¿Irás hoy a ver a Dorothy Evans? —preguntó Sara.

Stark terminó de ajustarse el nudo de la combata.

—No, ya es demasiado tarde. Mañana —contestó.

Se puso la chaqueta y se la abrochó. Luego se dirigió hacia la puerta.

—Ha sido una conversación sumamente instructiva. Gracias, hermosa.

—Saluda de mi parte a Dorothy cuando la veas.

—*Okay*, nena.

Stark abandonó la taberna y salió a la calle. Treinta metros más adelante, tenía su coche.

Abrió la portezuela y se sentó tras el volante. Apenas lo había hecho, sintió algo frío y duro en su nuca.

—Arranque —ordenó una voz tras él.

—Me parece que no es la primera vez que nos vemos —dijo Stark.

—En efecto. Así es.

—Muy bien. Tengo la sensación de que me va a indicar usted la ruta que debemos seguir.

—Exacto. Siga hasta la Cuarta y luego tire todo recto. Después... ya le indicaré.

—*Okay*, hermano.

La pistola bajó al nivel del respaldo, pero seguía apoyada en su espalda. Stark calculó que el otro lo hacía para no ser visto por algún curioso.

Durante quince o veinte minutos rodaron en silencio, facilitada la marcha por el escaso tránsito nocturno.

Al fin Getty dijo:

—Tome la ruta Nueve.

Stark no contestó. La carretera número Nueve era un camino

secundario, escasamente frecuentado. De sobra se imaginaba cuáles eran los propósitos del pistolero.

A pesar de todo, la carretera se hallaba en buen estado. Lenta y cautelosamente, Stark fue aumentando la velocidad, hasta conseguir rebasar los ciento veinte.

Pasaron algunos minutos. Ahora rodaban ya a ciento treinta. De súbito, Getty exclamó:

—¡Tire por ese camino de la derecha!

Stark sonrió. Se agarró con fuerza al volante y pisó el freno a fondo, a la vez que se ladeaba a su izquierda.

El resultado fue asombroso. Cogido por sorpresa, Getty salió disparado hacia adelante, dio una voltereta y pasó al lado derecho, vomitando maldiciones a voz en cuello.

El pistolero quedó hundido a la derecha de Stark, con los pies en alto, perneando desesperadamente. Stark terminó de detener el coche, abrió y saltó fuera.

Corrió a dar la vuelta. Abrió la otra portezuela y tiró de Getty por las piernas. Getty aullaba ferozmente mientras intentaba liberarse.

Con el frenazo, había perdido la pistola en el coche. Stark lo tenía bien sujeto por los tobillos y tiró de él, a la vez que echaba a correr.

Galopó por el campo contiguo al camino, a la vez que lanzaba fingidos alaridos de guerra. Getty bramaba de ira y arrancaba la hierba a puñados, en su afán de detenerse.

Pero era como un chiquillo en manos de Stark. Al fin desanimado, empezó a llorar y a pedir clemencia.

Stark dio todavía un par de vueltas más antes de detenerse en las inmediaciones de una valla pintada de blanco. Getty, al sentirse libre, se puso a gatas. Stark lo agarró por el cuello y le hizo levantarse.

—Tenías orden de matarme, ¿verdad?

Getty hipó entrecortadamente, pero no dijo nada. Entonces, Stark lo lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas, haciéndole estrellarse contra la valla.

El pistolero rebotó y cayó al suelo, en donde quedó encogido.

—¡Contesta! —tronó Stark, amenazadoramente.

Encogido en el suelo, hecho un ovillo, completamente

desmoralizado, Getty dijo:

—Fue... orden de Becq...

—Claro, por no haber querido irme de la ciudad —murmuró Stark—. Tendré que darle una buena lección a ese tipo —masculló.

Y ya se disponía a irse cuando, al reflejo del resplandor de los faros del automóvil, vio algo que le hizo concebir una divertida idea.

Era un rollo de cuerda, colgada de uno de los postes de la cerca. Seguramente se dijo, pertenecía al dueño del campo.

Momentos después, había atado a Getty de pies y manos, pero como si fuese una pieza de caza mayor, para ser transportada atravesada en una pértiga. Getty bramaba de furia impotente.

Había un árbol cercano. Stark pasó la cuerda por una fuerte rama y tiró de ella, izando al pistolero hasta un par de metros del suelo. Ató a la cerca el otro extremo de la soga y miró al sujeto burlonamente.

—No vuelvas a buscarme —dijo—. La próxima vez, ese lazo pasaría en torno a tu cuello, ¿entendido?

Dejó que Getty se desgañitase pidiendo socorro y regresó junto al coche.

—Hasta que no venga el granjero por la mañana... —murmuró, pensando casi con lástima en la noche de perros que iba a pasar el rufián.

Sentóse de nuevo tras el volante. Dio el contacto y arrancó silbando alegremente.

Con gesto de mal humor, la nariz tapada con un pañuelo, Frekko lanzó el fajo de billetes sobre la mesa de su jefe.

—¿Qué significa eso? —preguntó Becq.

—La chica no se quiere ir —contestó Frekko con voz alterada por el pañuelo que sostenía obstinadamente contra su nariz.

—De modo que no se quiere ir —murmuró Becq—. Bien, tendremos que quitarla de en medio. ¿Ha vuelto Getty?

—Creo que no, pero lo preguntaré...

—Ya me informaré yo mismo. Frekko, tienes que buscar a Digger.

Frekko arqueó las cejas.

—¿Para qué quiere a Digger, jefe? —preguntó.

—Eso es cuenta mía. Tú búscalos y no te preocupes de más.

—Está bien. ¿Le corre prisa?

—Quiero verlo mañana sin falta.

—Sí, señor.

Becq frunció el ceño.

—Pete, ¿qué diablos te pasa? ¿Estás resfriado?

Frekko soltó un bufido.

—La chica —contestó.

—¿Qué?

—Me pegó con un libro en la nariz. —Frekko se quitó las gafas furioso y las tiró al suelo—. Anoche me pusieron morado un ojo; esta tarde, el otro, y para rematarlo, Gussie Gayle me dio con un libro en la nariz.

Becq estuvo a punto de soltar la carcajada al ver el lastimoso aspecto que presentaba su esbirro, pero se contuvo oportunamente, para evitar una colérica reacción del individuo. En su lugar, decidió portarse con generosidad.

Apartó algunos billetes del fajo y se los entregó a Frekko.

—Toma, te los has ganado —dijo—. Pero búscame a Digger cuanto antes. Le necesito con urgencia.

—Sí, jefe.

La chica era hermosa y de cuerpo generosamente constituido. Abrió la puerta y miró a su visitante con recelo.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Duke Stark, investigador privado —respondió el joven—. ¿Tengo el honor de hablar con la señorita Dorothy Evans?

—Sí, yo soy. ¿Qué es lo que desea?

—Informes, señorita Evans. Sobre un tal Jerry Gayle.

El pecho de Dorothy palpó perceptiblemente.

—Está condenado a cadena perpetua —dijo.

—Lo sé. Por eso he venido a verla a usted.

—Está bien. Entre.

Stark cruzó el umbral con el sombrero en la mano. Dorothy le señaló un diván.

—Siéntese —indicó.

—Gracias, señorita Evans. ¿Puedo preguntarle si quiere todavía a Jerry?

Dorothy se ruborizó.

—Eso... es cosa mía —respondió evasivamente.

—Le quiere —dijo Stark, impasible—. Por lo tanto, me ayudará.

—¿A qué?

—A probar su inocencia.

—Es difícil —objetó ella.

—Si nos estamos quietos, resultará imposible.

—Hay personas empeñadas en que Jerry continúe en la cárcel.

—Y otras empeñadas en sacarlo.

—No puede haber más que una: su hermana.

—¿Y usted?

Dorothy suspiró.

—Para eso se necesita dinero y yo no tengo apenas más que lo justo para vivir —respondió.

—¿Dónde trabaja ahora?

—Soy cajera en un supermercado. Vivo bien, pero sin lujos.

—Comprendo. Señorita Evans, no se preocupe por el dinero.

Sólo quiero que me ayude.

—De acuerdo. ¿Qué es lo que he de hacer?

—Contestar francamente a todas mis preguntas.

—Sí, señor Stark.

El joven miró unos instantes a Dorothy. Extrañado, dijo:

—Tenía entendido que un rufián le cortó a usted la cara con una navaja.

—Fue Roy Ellar —dijo Dorothy con los labios muy prietos.

—Pues no se le nota nada —exclamó Stark sorprendido.

—Tuve que someterme a la cirugía estética —respondió ella.

—El cirujano hizo un buen trabajo evidentemente. Y me imagino que la discusión entre Jerry y Ellar surgió a causa de ese navajazo.

—Sí, en efecto.

Stark se dio cuenta de que la joven estaba alterada.

—Siento perturbar su ánimo, pero no me queda otro remedio —manifestó a guisa de disculpa.

Dorothy hizo un gesto negativo.

—No importa. Siga. Pregunte. Contestaré todo lo que sepa sobre la muerte de Roy Ellar, pero he de decirle que yo también creo en la inocencia de Jerry —manifestó rotundamente.

CAPÍTULO VIII

Al llegar a su casa, Stark se encontró con una agradable sorpresa.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

—Le esperaba —sonrió Gussie—. Confío en que no le haya molestado.

—No, en absoluto. ¿Ocurre algo de particular?

—Ayer por la tarde tuve una visita.

—Frekko.

—¡Sí! ¿Cómo lo ha adivinado?

Stark sonrió mientras se dirigía al aparador de los licores.

—A mí me visitó también —contestó.

—Y le dio dinero para que se fuera de la ciudad.

—En efecto. Lo mismo que a usted, me imagino.

—Sí, pero yo no acepté.

—Por supuesto.

Stark regresó junto a la muchacha y le entregó una copa.

—Después, Frekko la amenazó —dijo.

—Oh, era lógico. Pero yo le hinché las narices.

—¿Cómo?

—Era lo que le faltaba. Tenía los dos ojos negros, así que le pegué con un libro en la nariz.

Stark se echó a reír.

—Es usted única —dijo—. Yo le puse negro el otro ojo; el izquierdo lo fue durante el jaleo en el club.

—Espero que eso le convenza de dejarnos en paz, Duke —deseó Gussie.

—No lo crea, muchacha. En absoluto.

—¿Por qué lo dice?

—Anoche intentaron asesinarme.

Gussie se quedó helada.

—¿Es cierto eso?

—Totalmente, Gussie.

—¿Y... cómo escapó, Duke?

—Con un poco de astucia y algo de suerte —respondió él.

Minutos más tarde, Gussie estaba enterada de la aventura corrida por el joven la noche anterior.

—¿Lo ve? —dijo, cuando él hubo terminado—. A Becq no le interesa que se aclare la muerte de Ellar.

—¿Cree que está complicado en el crimen?

—Por supuesto. Lo que no me explico es por qué se lo achacaron a Jerry.

—Si lo supiéramos, tendríamos mucho adelantado... —dijo él, pensativamente—. Dorothy no ha sabido tampoco decírmelo.

—¿Se refiere usted a Dorothy Evans?

—Sí, la misma.

Gussie hizo una mueca.

—¿Qué pasa? —preguntó Stark—. ¿No le gusta esa chica?

—El lugar donde trabajaba...

—Gussie, Dorothy está ahora de cajera en un supermercado. Además, recuerde lo de la primera piedra.

—Bueno, yo no quise insultarla...

—A usted le compete ayudar a salir a su hermano de la cárcel, pero no conformar su futuro. Eso es cosa personal de Jerry.

Gussie suspiró.

—Sí, Duke, como usted diga. —De pronto lanzó una exclamación—. ¿Tiene algo que ver con la editora Carpenn? —preguntó.

—¿Por qué dice eso, Gussie?

—He visto ahí un sobre, en la correspondencia. Yo trabajo en esa casa.

—Vaya, sí que es una sorpresa —sonrió Stark—. Escribo relatos policíacos —aclaró.

Cogió el sobre señalado, lo rasgó y extrajo un cheque.

—Los derechos de mi último relato —dijo sonriendo.

—Una curiosa coincidencia —declaró Gussie—. Yo estoy en correspondencia comercial; no tengo nada que ver con caja.

—Comprendo. Carpenn me aprecia bastante.

—Es un tipo muy simpático. —Gussie se puso en pie—. Bien,

tengo que irme.

—Espere. Podemos salir juntos. La invito a almorzar.

Ella le dirigió una sonrisa de simpatía.

—Acepto encantada —contestó.

—Se llama Gerald Mac Cann y vive en Crevell Place, ochenta. Es tu pieza, Digger.

—Bien, jefe —contestó el pistolero, impasible.

—No falles, Digger.

—Jamás fallo —aseguró el asesino orgullosamente.

—Y sobre todo, discreción.

—Pierda cuidado, Becq.

—¡Señor Becq! —corrigió el dueño del club. Digger miró fríamente a su interlocutor.

—Becq —insistió.

—E... está bien, no nos enfademos por una cuestión de protocolo. Anda ya, Digger.

El pistolero abandonó el despacho. Becq sacó un pañuelo y se limpió el sudor de la frente. Aquel hombre le daba miedo.

Pero, al mismo tiempo, sabía que cumpliría su promesa.

La puerta se abrió a los pocos momentos. Becq pegó un salto en el asiento al ver el desastroso aspecto de Getty.

El pistolero tenía la cara magullada y las ropas sucias y destrozadas. Sus muñecas aparecían desolladas y cojeaba al andar. Pero en sus ojos se veía una inextinguible llama de odio.

—¡Cielos, Lou! —exclamó Becq, atónito—. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Te ha pasado por encima una manada de elefantes?

—No estoy para bromas —rugió Getty—. Ha sido ese maldito Stark. Deme una pistola, jefe; he perdido la mía... ¡Pero le aseguro que ese hijo de perra no llegará vivo a mañana!

Antes de salir del coche, Digger comprobó la carga de su pistola y ajustó el silenciador, maniobrando con el arma en las rodillas, para que no le viera algún inesperado viandante. Una vez hubo terminado, guardó el alma y saltó a la acera.

Caminó una docena de metros. Luego se metió en una casa y usó el ascensor para llegar a la novena planta.

Salíó al pasillo y recorrió las puertas hasta encontrar la que buscaba. Digger no se molestó en llamar; sacó unas ganzúas y

ensayó dos o tres hasta encontrar la adecuada.

Lentamente, sin hacer el menor ruido, abrió la puerta y asomó la cabeza. Al otro lado había un pequeño recibidor y, más allá, una salita en que se veía luz y se oía una música suave.

Digger cerró con cuidado. Avanzó paso a paso y se asomó a la otra puerta.

Había un hombre sentado en un diván, leyendo un periódico. Al lado tenía una gramola, de donde partía la música de fondo.

A Digger no le gustaba cometer errores.

—¿Mac Cann? —preguntó.

El hombre que leía se llevó una enorme sorpresa.

—¿Eh? ¿Quién es usted? ¿Qué hace en mi casa? —preguntó, alarmado.

Digger no contestó. Ya tenía la pistola en la mano.

Mac Cann lanzó un grito.

—¡No...!

El primer disparo le alcanzó en el centro del pecho. Digger hizo fuego otra vez y Mac Cann cayó fulminado.

De pronto, se oyó una voz femenina en el interior de la casa:

—¡Gerald! ¿Qué te ocurre?

Sonaron unos tacones femeninos. Digger maldijo entre dientes.

Una mujer, ataviada con un vaporoso salto de cama, apareció ante sus ojos. Al ver al pistolero, lanzó un agudísimo chillido.

—Lo siento, no tengo otro remedio —dijo Digger. Y apretó el gatillo dos veces seguidas.

Las balas lanzaron a la mujer contra un sillón. Se estremeció un poco y luego resbaló lentamente hasta el suelo.

La música seguía sonando. Digger dio media vuelta y abandonó el piso. Transcurrieron varios minutos. El disco se acabó y volvió el silencio.

De pronto, se oyó un gemido. La mujer se movió.

Sentía horribles dolores en el pecho. Gimió, pidiendo auxilio, pero nadie oyó sus débiles llamadas.

Al cabo de unos momentos, se arrastró hacia la mesita del teléfono. Alargó la mano y derribó el aparato al suelo.

—Socorro —dijo con voz entrecortada—. Me estoy muriendo...

Haciendo un tremendo esfuerzo, pudo pronunciar dos o tres palabras más. Luego, inclinó la cabeza, la apoyó sobre la alfombra y

se quedó quieta.

Duke Stark terminó de desvestirse y, con el pijama puesto, pasó al cuarto de baño. La jornada en compañía de Gussie había resultado sumamente agradable.

Era una muchacha encantadora. Stark empezó a elaborar rosados sueños, en los que Gussie tenía un papel principal.

Se cepilló los dientes enérgicamente. Estaba secándose los labios cuando, de pronto, le pareció oír un ruidito en el otro lado del baño.

Alguien había tropezado con un mueble, aunque sin demasiada fuerza. Stark sintió que la frente se le cubría de sudor.

Inmediatamente comprendió que había un intruso en la sala. Apagó la luz del cuarto de baño y se situó junto a la puerta.

Unos zapatos, quizá nuevos, crujieron levemente en las cercanías. Stark, con los hombros pegados a la pared, contenía la respiración.

El intruso se acercó y asomó un poco la cabeza. Luego se retiró.

Stark le reconoció en el acto. Era Lou Getty, el pistolero que había intentado asesinarle la víspera.

«Los hay tozudos», se dijo.

Esperó algunos minutos. Luego, sacó los pies de las zapatillas y agarró una toalla, en la que hizo un nudo en uno de sus extremos.

Muy despacio, sin dejar de mirar hacia la puerta, mojó la toalla, evitando cuidadosamente el ruido del agua al correr. Una vez hubo empapado la toalla, abandonó el baño.

Se asomó a la sala. Sí, allí estaba Getty, sentado en un sillón, frente a la puerta. Le esperaba. Stark vio la pistola apoyada en el muslo derecho.

Paso a paso, sin respirar siquiera, se acercó al asesino por detrás. De súbito, levantó la mano derecha y moviendo la toalla en semicírculo descendente, asestó un terrible golpe al pistolero en el lado derecho de su cara.

Getty saltó del sillón, arrancado por la potencia del golpe. Un tremendo aullido se escapó de sus labios.

Rodó por el suelo, lanzando espumarajos de rabia. Quiso recobrar la pistola, pero el nudo de la toalla, empapado en agua, le golpeó cruelmente la mano.

—De modo que has venido a asesinarme —dijo Stark, rabioso.

Getty se puso en pie. La toalla le golpeó ahora en el lado izquierdo de la cara, haciéndole dar una vuelta en redondo.

El pistolero empezó a verlo todo borroso. La improvisada porra se movía sin cesar, alcanzándole en distintas partes del cuerpo con dolorosos golpes.

Aterrado, perdido el dominio de sí mismo, dio media vuelta y huyó. Stark salió corriendo tras él.

—Voy a darte una lección que no olvidarás jamás —masculó coléricamente.

Getty salió al pasillo. Un tremendo golpe en los riñones le hizo dar un salto hacia adelante. Luego, recibió otro en la base del cuello que le hizo creer le habían cortado la cabeza.

Trastabilló violentamente y fue a parar contra la barandilla de la escalera. El impulso recibido era muy fuerte y su cuerpo se dobló hacia adelante.

Stark alargó la mano y consiguió sujetarlo por un tobillo, cuando ya el pistolero se vencía hacia fuera de la barandilla. Tiró de él y lo arrastró de nuevo a la casa.

Getty se revolvía furioso. Stark le dejó levantarse y entonces le asestó un tremendo golpe en la mandíbula. El pistolero lanzó un ronquido y se desplomó al suelo sin conocimiento.

Cuando se despertó, vio que Stark, vestido de nuevo, le miraba fieramente.

—Y ahora, pequeño bastardo, tú y yo vamos a hacer un viaje —dijo el joven. Le enseñó un arma—. Es tu propia pistola; si intentas escaparte, te sacaré los sesos por la frente.

CAPÍTULO IX

Llamaron a la puerta. Becq y Frekko se contemplaron mutuamente.

—¿Quién diablos será a estas horas? —masculló el primero.

—Voy a ver —dijo Frekko.

Estaban los dos solos en el edificio, en donde todavía no habían sido reparados los daños causados por la bronca de noches atrás. Mientras el club se ponía nuevamente en funcionamiento, Becq había licenciado de momento a los empleados.

Frekko llegó al vestíbulo y abrió. Una exclamación de asombro se escapó inmediatamente de sus labios.

Getty estaba colgado de uno de los adornos de bronce por el cuello de su chaqueta. El pistolero sollozaba de rabia y de vergüenza.

—Bájame de aquí —pidió.

Frekko lo descolgó. Getty rodó por el suelo, pero se levantó enseguida.

—¿Quién ha sido?

—Stark...

—Vamos, entra —dijo Frekko, arreando al pistolero a empellones—. El jefe querrá saber lo que ha pasado.

Getty se sentía espantosamente deprimido.

—Yo me voy, me marchó, no quiero seguir más... Ese hombre es invencible...

Becq se quedó pasmado al saber la forma en que Getty había vuelto al club.

—A veces me pregunto si tengo por empleados a hombres inteligentes o son unos patanes estúpidos —dijo furiosamente.

—Como quiera, jefe, pero yo me marchó. Desisto, no quiero saber nada más de este maldito asunto.

—¿Quién te ha dicho que debes irte? Todavía puedes...

—¡No! —contestó Getty tajantemente—. Adiós, hoy mismo me iré de la ciudad.

—¿Crees que voy a dejar que te vayas después de todo lo que sabes?

Los ojos de Getty brillaron de furia.

—Usted no podrá impedírmelo —contestó con violencia en la voz.

Becq se puso rígido.

—Está bien, vete —accedió.

Getty dio media vuelta. Ello le impidió ver la acción de Becq.

Lo primero que oyó fue un estampido. Luego sintió un intensísimo dolor entre los omóplatos.

Empezó a caer hacia adelante. El segundo tiro le alcanzó en la nuca y le hizo pegar un tremendo bote antes de estrellarse contra el suelo.

Becq guardó la pistola y miró a Frekko.

—Hay que esconder el cadáver —dijo.

—El sótano es un buen sitio —manifestó Frekko, sin inmutarse.

El timbre del teléfono sonó persistentemente. Atravesó las brumas del sueño y sacudió los centros nerviosos del cerebro del durmiente.

Stark alargó la mano y descolgó el auricular. Con voz pastosa, preguntó:

—¿Quién es?

—¿Señor Stark? Soy Dorothy Evans. Por favor, venga pronto a verme. Es muy urgente.

El joven se despabiló en el acto.

—¿Qué sucede, señorita Evans? —preguntó.

—No se lo puedo decir por teléfono; ha de ser personalmente. Se lo ruego, venga enseguida. Estoy en mi trabajo; podremos hablar mejor frente a frente.

—De acuerdo. Iré lo antes que pueda —prometió Stark.

Colgó el teléfono y apartó las ropas de la cama. Segundos más tarde, estaba bajo el frío chorro de la ducha.

Se vistió rápidamente. Mientras, había hecho café y tomó un par de tazas con apresuramiento. Cuando se disponía a salir; sonó el teléfono de nuevo.

Estuvo a punto de negarse a contestar, pero resolvió finalmente

enterarse del autor de la llamada. Apenas se había llevado el teléfono a la oreja, oyó una voz conocida:

—¿Eres tú, Duke?

—Sí. Hola, Sara. ¿Ocurre algo?

—¿Has leído el diario de la mañana?

—No he tenido tiempo todavía. ¿Qué es lo que pasa?

—Han asesinado a un tal Gerald Mac Cann. Su mujer resultó gravemente herida y no se sabe si salvará la vida.

—Bien, pero ¿qué puede importarme eso a mí? —quiso saber Stark, ardiendo de impaciencia.

—Aguarda un momento, hombre. La señora Mac Cann ha podido declarar. Dice que vio al pistolero un instante.

—¿Y...?

—Era un sujeto alto, delgado, de cara muy blanca y ojos hundidos. Yo sé quién es, Duke.

—Sara, ¿crees que eso puede importarme algo?

—Por supuesto. El asesino es Frank Digger. Le vi bastantes veces en el club de Becq. Algunas veces «trabajé» para él, tú me entiendes, ¿verdad?

—Sí, desde luego. ¿Eso es todo?

—Si sacas alguna consecuencia, es cosa tuya. Yo ya te he dicho lo que sé, Duke.

—Gracias, Sara; lo tendré en cuenta. Ahora dispénsame; he recibido una llamada muy urgente y he de salir.

El hombre que estaba sentado ante la mesa, abrió el cajón y levantó la tapa de la caja de cartón que había en el centro. Sacó un muñeco y le cortó la cabeza con las tijeras.

Quedaban dos muñecos con cabeza. El hombre los contempló un momento.

La figura que representaba a una mujer iba en quinto lugar. El hombre la contempló pensativamente unos momentos y luego la cambió al cuarto lugar.

—Ella debe ser la siguiente —decretó.

Volvió a tapar la caja y cerró el cajón. Alargó la mano y desplegó el periódico que le habían traído unos minutos antes.

Leyó las noticias de primera plana. De pronto, una exclamación de cólera se escapó de sus labios:

—Ese sujeto es un estúpido —bramó, ebrio de cólera.

Vaciló un momento, mientras trataba de dominar la furia que le había acometido.

Luego, obedeciendo a un súbito impulso, alargó la mano y levantó el teléfono.

Stark entró en el supermercado y buscó a Dorothy con la vista. La chica, sentada tras una de las cajas registradoras, agitó la mano en señal de saludo.

Dorothy esperó a que Stark se le acercase. Entonces, ella le preguntó:

—¿Ha leído los periódicos, señor Stark?

—¿Por qué lo dice, señorita?

—He estado pensando mucho. Hoy ha sido asesinado Gerald Mac Cann.

—No he tenido el gusto de conocer a ese pobre hombre.

Una cliente se acercó y el diálogo hubo de ser suspendido, mientras Dorothy cobraba el importe de la compra.

—Fue testigo del juicio contra Jerry, señor Stark —dijo ella, cuando se reanudó la conversación.

—¿Y...?

—Declaró en contra de él.

—Un testigo de cargo.

—Sí, pero falso. Lo mismo que yo y lo mismo que Will Hopkins y que Geoffrey Smull, quienes han muerto ya asesinados. De los cinco testigos de cargo, sólo quedamos dos con vida.

Stark parpadeó.

—¿Quién les obligó a declarar falsamente? —preguntó.

—Becq.

—¿Amenazas?

—A mí, sí. Los otros fueron comprados, estoy segura. Yo tuve miedo entonces, lo confieso.

De nuevo tuvieron que interrumpir la conversación.

—¿Teme que intenten asesinarla? —preguntó él, momentos después.

—Es lo más seguro —confesó Dorothy.

—Trataremos de evitarlo —afirmó Stark—. ¿Cómo se llama el quinto testigo?

—Stanley Oates. Sé su dirección, señor Stark.

—Bien, démela, por favor.

Stark anotó las señas del individuo mencionado. Luego se dio cuenta de que continuar una conversación en aquellas condiciones era imposible, debido al continuo trabajo que tenía la muchacha.

—Deberíamos hablar con más tranquilidad —propuso—. ¿A qué hora termina usted, señorita Evans?

—A las dos. El supermercado está abierto todo el día y yo hago el primer turno.

—A las dos iré a su casa —prometió él.

Stanley Oates debía de ser un sujeto de cierta importancia, calculó Stark, cuando una pulcra secretaria le dijo que, sin previa cita, no podía ser recibido.

Stark no se inmutó. Sacó una tarjeta de visita y escribió en ella un nombre debajo del suyo.

—Entréguesela al señor Oates —dijo—. Espero que me reciba inmediatamente.

La secretaria hizo un mohín de duda. Veinte segundos más tarde, le miraba con asombro, mientras mantenía abierta la puerta del despacho de su jefe.

—El señor Oates tiene el gusto de hacer una excepción con usted, señor Stark —anunció.

—Gracias, señorita.

Stark entró en el despacho. Oates se puso en pie al verle.

—¿En qué puedo servirle, señor Stark? —preguntó cortésmente.

Era un hombre de unos cincuenta años, con aspecto de negociante próspero y bien situado. Stark sonrió ligeramente.

—Los motivos de mi visita están expresados en el nombre escrito a mano —declaró—. Es el nombre de alguien condenado injustamente a presidio de por vida.

—Los principios que me inculcaron desde pequeño me hacen creer con fe ciega en la rectitud de nuestros jueces —contestó Oates altisonantemente.

—Sí, cuando las pruebas son convincentes y los testigos no cometen perjurio.

Oates se puso colorado.

—¿Qué es lo que quiere decir usted? —pregunto.

—Declaró en el juicio contra Jerry Gayle.

—Sí, es cierto.

—Pero declaró falsamente.

—Dije lo que vi.

—Dijo lo que le dijeron que debía, declarar —manifestó Stark sin pestañear.

Oates señaló la puerta.

—Si ha venido a insultarme, será mejor que se marche —contestó con acento de dignidad ofendida.

—Muy bien, me iré, pero antes quiero hacerle presente una cosa. Usted debe recordar sin duda a Will Hopkins, a Geoffrey Smull y a Gerald Mac Cann. Han muerto asesinados. Los periódicos lo han dicho.

Ahora, la cara de Oates se puso gris. Implacable, Stark continuó:

—Algo me dice que hay quien teme que los testigos de cargo contra Gayle mintieron. ¿Lo hicieron por propia voluntad? ¿Amenazados? ¿Sobornados? ¿Cuál de estos tres es su propio caso, señor Oates?

El otro no contestaba. Stark se dio cuenta de que Oates guardaría silencio a cualquier precio.

—Muy bien, no quiero insistir —dijo—. Sólo le pediré que recuerde a tres testigos que han muerto asesinados ya. ¿De qué les sirvió plegarse a los caprichos o a las amenazas de otro?

—No puedo —contestó Oates, haciendo un gran esfuerzo—. Le aseguro que me es imposible hablar...

—¿Qué es lo que teme usted? —preguntó Stark—. ¿Quién le obliga a guardar silencio?

Oates apretó los labios. Stark empezó a presentir la verdad.

—Alguien conoce un secreto suyo y a usted no le interesa que se divulgue, ¿verdad?

—Por favor, váyase —suplicó Oates.

—¿Prefiere su propia seguridad a la condena de un inocente? No se trata de un año o dos, sino de toda la vida. ¿Estima que es eso justo?

Oates volvió a callar. Esta vez, Stark se dio cuenta de que todo lo que dijera sería inútil.

—Temo que quizá quieran hacerle guardar silencio con algo más contundente que unas simples amenazas —dijo, en el momento de dirigirse hacia la puerta—. Pero de lo que le ocurra, sólo usted será responsable, señor Oates.

CAPÍTULO X

—¿Y no quiso decirlo?

—No, Gussie; prefirió callar, a pesar de que le apreté las clavijas a fondo.

—La verdad —dijo Gussie, reclinándose en el respaldo del automóvil—, no comprendo la obstinación de Oates.

—Yo sí la comprendo. Hacen presión sobre él.

—¿Chantaje?

—Casi seguro.

—Debe de tratarse de algo muy importante, Duke.

—Lo mismo opino yo, pero a última hora, el silencio no les ha servido de nada a esas tres personas.

—Ahora callan de un modo definitivo.

Stark asintió. El semáforo se encendió bruscamente en rojo y se vio obligado a frenar.

Los coches de la calle transversal empezaron a cruzar. Era relativamente estrecha y pasaban bastante cerca del de Stark, que había quedado en primera fila de los vehículos parados.

De pronto, vio pasar un automóvil guiado por un hombre cuyo rostro le llamó la atención.

«Alto, delgado, de cara muy blanca y ojos hundidos», recordó la descripción del asesino de Mac Cann que Sara le había hecho aquella misma mañana.

El automóvil ocupado por el sospechoso dobló la esquina para seguir en ángulo recto.

Stark se fijó en las características del vehículo.

—¿Qué le pasa? —preguntó Gussie, alarmada por la repentina contracción de las facciones del joven.

—Calle, por favor.

El rojo cambió a verde. Stark pisó el acelerador.

No tardó en ponerse a la cola del automóvil ocupado por el

sospechoso. Stark vio que el hombre conducía con perfecta indiferencia hacia ellos, sumamente atento al tránsito.

Cuatro manzanas más adelante, el coche perseguido dobló a la derecha. Stark observó que llevaba su mismo camino.

—Es él —murmuró.

—¿Quién, Duke?

—¿Será posible que quiera matarla en pleno día?

Gussie se estremeció.

—¿Cree que van a asesinar a Dorothy?

—Espere unos momentos.

Cinco minutos más tarde, avistaron la casa donde vivía Dorothy. El coche sospechoso pasó de largo a buena velocidad.

Stark lanzó un suspiro.

—Me he equivocado —dijo. Y agregó—: Por fortuna.

—¿Es que conoce usted al asesino? —preguntó ella, asombrada.

—Me dieron su descripción esta mañana y creí que ese tipo que iba delante de nosotros podía ser él.

Stark arrimó el automóvil a la acera y cortó el contacto. Se apeó de un salto y dio la vuelta para ayudar a Gussie.

—No sé qué dirá Dorothy cuando me vea —murmuró, aprensiva.

—Conviene que usted oiga lo que tiene que decir —manifestó Stark, cogiéndola por un brazo.

Momentos después, llamaban a la puerta. Dorothy abrió a los pocos instantes.

—Hola —saludó Stark, con la sonrisa en los labios—. Dorothy, le presento a Gussie Gayle.

Dorothy sonrió.

—¿Cómo está? —dijo.

—Encantada —contestó Gussie.

Dorothy cerró la puerta. Stark explicó:

—He creído conveniente traer a Gussie conmigo. Creo que no le sabrá mal decirme todo lo que conoce en su presencia.

—Por supuesto —respondió Dorothy—. ¿Quieren un poco de café? Lo tengo casi hecho...

—Es una buena idea —aprobó Stark.

Dorothy se fue al interior de la casa. Stark se quitó el sombrero y lo lanzó sobre un sillón.

—Parece una excelente muchacha —musitó Gussie.

—Estoy seguro de que ella piensa lo mismo de usted.

—Quizá me porté injustamente con ella.

—Todavía está a punto de rectificar —sonrió Stark.

Dorothy volvió a los pocos minutos, con una bandeja en las manos.

—He estado con Oates —manifestó Stark, mientras Dorothy servía el café.

—¿Le ha dicho algo?

—Está terriblemente asustado —contestó Stark—. Imagino que le presionan, aunque ignoro el modo cómo lo hacen.

—Fotografías —declaró Dorothy lacónicamente.

—¿Eh? —exclamó Gussie.

—Fotografías, tomadas en los reservados del Sun Club —insistió Dorothy—. Lo hacen con todas las personas que estiman pueden proporcionarles dinero algún día.

—Está muy enterada de eso —dijo Gussie.

—Todas las que trabajábamos allí lo sabíamos, aunque no todas aparecíamos en las fotografías. Mi trabajo era de cajera.

—En una de las salas de juego —intervino Stark.

—Sí.

—Bien —dijo Stark, después del primer sorbo de café—, y ahora, Dorothy, díganos qué es lo que vio usted que tuvo que callarse en el momento del juicio.

Los ojos de la joven centellearon.

—Se lo diré con mucho gusto. Fue...

Súbitamente, Stark alzó la mano izquierda, a la vez que se ponía el índice ante los labios.

Asombrada, Dorothy se calló en el acto. Gussie miró al joven con expresión inquisitiva. Un ligero ruidito se oyó en la puerta. Gussie se estremeció.

—Alguien quiere entrar —susurró. Stark hizo un gesto con la mano.

—Váyanse adentro, rápido —aconsejó con voz apenas audible.

Las dos chicas se pusieron en pie. Stark les indicó la bandeja, que Dorothy se llevó sin hacer el menor ruido.

El ruidito continuaba. Stark adivinó que el intruso estaba ensayando alguna ganzúa. Dorothy se había dejado su taza en la mesita. Stark la escondió bajo el diván. Luego se puso en pie y

corrió al otro lado de la puerta.

Se oyó un ligero chasquido. Stark comprendió que el intruso había conseguido abrir al fin.

La puerta giró muy lentamente. Un hombre entró y se volvió para cerrar.

Entonces vio a Stark. Digger lanzó una maldición.

Stark fue más positivo: lanzó su puño y Digger dio una vuelta entera en el aire, antes de caer al suelo.

Pero era hombre de aguante y se levantó en el acto, como impulsado por un resorte.

Stark cargó de nuevo.

Digger contraatacó y demostró que sabía también usar los puños. Stark rodó por tierra con los pies por alto.

El asesino sacó su pistola. Stark se lanzó contra sus piernas y lo derribó al suelo.

Digger disparó, aunque precipitadamente. Stark percibió el calor del disparo junto a su oreja. En el techo saltaron lascas de yeso.

Stark agarró la mano izquierda de su contrincante. Digger juraba y maldecía obscenamente.

Se oyó un grito femenino:

—¡Dorothy, tenemos que ayudarle!

Digger volvió a maldecir. Los dos hombres rodaron por el suelo, luchando como fieras salvajes. Stark consiguió que la pistola se desprendiese de los dedos de Digger.

Gussie intervino en la pelea. Se descalzó un zapato y, cuando vio la ocasión propicia, descargó un tremendo taconazo en la frente del pistolero.

Digger lanzó un aullido. Stark le golpeó en la mandíbula, pero, aun así, Digger no cejaba en sus esfuerzos.

—¡La pistola, Gussie!

Ella oyó el grito y se precipitó a recoger el arma.

Su falta de experiencia hizo que la pistola se disparase. Un jarrón saltó en mil pedazos con tremendo estrépito.

—¡Cuidado! —bramó Stark, asustado por el disparo.

Digger le hundió el puño en el estómago. Stark retrocedió un par de pasos, momentáneamente aturdido.

El asesino lanzó un terrible juramento. Dio un paso atrás, echó la mano al bolsillo posterior de la cadera y sacó un revólver.

Stark olvidó sus dolores y se lanzó hacia delante con todas sus fuerzas. Golpeó con la frente a Digger en el estómago, haciéndolo salir disparado contra la pared opuesta.

Digger emitió un ronquido y cayó al suelo, aturdido, aunque sin haber perdido el conocimiento. Stark aprovechó la ocasión y le quitó el revólver.

—Este tipo es un arsenal ambulante —masculló. Gussie se acercó a él y le levantó el brazo izquierdo.

—¡Viva el ganador! —gritó.

Dorothy contemplaba la escena con ojos de susto.

—Vino a matarme —dijo.

—Sí —confirmó Stark—. No sé si nos vio o prefirió detener el coche en algún lugar discreto, pero es el mismo a quien vimos cuando veníamos hacia aquí.

Digger empezó a recuperarse. Sus pupilas emitieron una llamarada de maldad.

—Será mejor que me dejen ir —dijo amenazadoramente. Stark sonrió.

—¿De veras? ¿Qué pasará si nos negamos?

—Lo pagarán caro, se lo aseguro.

Stark movió la mano izquierda.

—Gussie, llame a la policía. Dígales que tenemos detenido al asesino de Gerald Mac Cann.

—Ahora mismo, Duke.

La expresión de Digger varió de inmediato.

—¿Van a entregarme a la policía? —preguntó.

—Somos unos ciudadanos conscientes de nuestros deberes —contestó Stark virtuosamente.

—¡Se lo diré todo! —aulló Digger.

—De todas formas, lo dirá, así que para qué esforzarse...

—Tengo dinero.

—Una miseria —dijo Gussie despectivamente.

Digger se lamió los labios.

—He ahorrado. Puedo darles hasta seis mil...

Stark le miró con infinito desprecio.

—De todos los dineros que se ganan ilícitamente, ése es el que más repugnancia me inspira, porque lo ha conseguido merced a la sangre de sus víctimas, con la vida de unas personas a las que no

conocía y contra quienes no tenía ningún motivo personal. ¡Gussie, llame a la policía! —concluyó Stark tajantemente.

—No abran a nadie bajo ningún concepto —dijo Stark, cuando se disponía a salir—. Becq no se dará por vencido y todavía tiene más esbirros que obedecerán ciegamente sus órdenes. La radio y los periódicos de la tarde han dado la noticia de la detención de Digger. Becq tratará de seguir adelante con sus planes.

—Entonces, ¿yo también debo quedarme aquí? —preguntó Gussie.

Stark hizo un gesto afirmativo.

—Sí. De este modo, hará compañía a Dorothy y Dorothy se la hará a usted. Gussie lanzó un hondo suspiro.

—No sé qué dirá mi jefe —se lamentó.

—¿Qué le pasa, Gussie?

—Le dije que salía sólo por media hora... y ya ve, son las once de la noche —sonrió la chica.

—Mañana encontrará una disculpa aceptable —sonrió Stark.

Momentos después, estaba en la calle. Su problema estribaba ahora en dejar pasar el tiempo suficiente para actuar a una hora que estimaba podría conseguir sus propósitos sin mayores inconvenientes.

Pensó en Sara. Bueno, ¿por qué no?, se dijo.

Sara podía ayudarle a pasar el tiempo de manera muy agradable, decidió, mientras dirigía el automóvil hacia El Enano Cojo.

CAPÍTULO XI

Becq despedía fuego por los ojos y por la boca.

—Ese estúpido de Digger... —masculló.

—Se dejó atrapar como un pajarillo —comentó Frekko.

—A mí no me hubiera pasado eso —dijo Buck despectivamente, ya restablecido de los golpes recibidos.

A su lado, Softy asintió con enérgicos movimientos de cabeza.

—Stark os vapuleó como quiso —rezongó Becq—. No vengáis ahora a presumir de tipos fuertes.

—Ese entrometido le estorba a usted, ¿verdad? —dijo Buck—. ¿Por qué no nos deja tomarnos el desquite?

—Le haremos un favor —añadió Softy.

Becq consultó al otro con la vista. Frekko se encogió de hombros.

—Creo que podrán hacerlo —dijo.

—Está bien —accedió Becq—. Quitádmelo de en medio cuanto antes. Ese condenado Stark es el causante de todas mis desdichas.

—Échese a dormir tranquilo, jefe —aseguró Buck con acento fanfarrón.

—Sin necesidad de sedantes —agregó Softy.

A Becq no le causó gracia la broma e hizo una mueca.

—Vamos, moveos —gruñó.

Los dos rufianes salieron de la estancia. Frekko dijo:

—Estoy preocupado por lo de Digger, jefe.

—¿Hay pruebas? Todo se hizo de palabra, ¿no?

—Sí, pero la policía nos tiene echado el ojo, y...

El teléfono sonó en aquel momento. Becq levantó el aparato, reconoció la voz y agitó la mano, indicando a Frekko que lo dejara solo.

—Ya puede hablar —dijo segundos más tarde—. No hay nadie conmigo.

—Casi me daría igual —masculló el otro—. Está usted obrando con la mayor torpeza posible. ¿Cómo se ha dejado detener Digger?

—Verá...

—No, no me dé disculpas; a última hora, resultaría que la culpa sería mía. Escuche una cosa, Becq: usted me conoce y sabe quién soy, pero todo cuanto quisiera hacer en contra mía, resultaría inútil. En cambio, yo tengo documentos que le causarían a usted graves trastornos. Lo sabe bien, ¿verdad?

—Sí, señor...

—En ese caso, aplíquese al cuento y resuélvame este asunto cuanto antes. De lo contrario, lo veo barriendo los pasillos del club la semana próxima.

—Está bien, déjelo en mis manos...

—Ésa es la lástima —contestó el otro mordazmente—, que tengo que dejarlo en sus manos a la fuerza. Pero no le haré más advertencias, Becq.

La comunicación se cortó bruscamente. Becq sacó un pañuelo y se limpió el sudor de la cara.

Si pudiera arrancarle las pruebas, se dijo. Había cometido un error tiempo atrás y ahora lo estaba pagando.

Se reclinó en el respaldo del sillón y empezó a pensar. ¿Por qué no intentar la recuperación de aquellos documentos?, se dijo.

Era cosa de idear un plan que diera resultado. Tendría que hacerlo él solo... No, Frekko le acompañaría, y con mucho gusto además, ya que también estaba metido en el asunto hasta el cuello.

Consultaría con Frekko. Entre los dos, decidió, encontrarían un buen plan para conseguir sus propósitos.

—Se me hace tarde ya, nena —dijo Stark.

—¿Adónde vas? —preguntó Sara, lánguidamente reclinada en el diván.

—No te preocupes, nena; es un asunto privado.

—Si puedo ayudarte...

—Gracias, ya me han ayudado. Tú también, por supuesto —dijo, volviéndose hacia ella.

Se puso la chaqueta. Sara se levantó y, acercándosele, pasó los brazos en torno a su cuello.

—Es una lástima que no te puedas quedar más tiempo —murmuró.

—Lo siento, preciosa. Sara se resignó.

—Si no hay otro remedio...

Stark se dirigió hacia la puerta. Un segundo más tarde, retrocedía con las manos en alto.

Buck y Softy entraron en la habitación, empuñando sendas pistolas...

Sonreían torvamente. Sara exhaló un grito.

—Cierra el pico, estúpida —le apostrofó Softy brutalmente.

—¿Me es permitido sospechar que han venido ustedes a buscarme? —preguntó Stark.

—Acertó, hermano —confirmó Buck.

—¿Adónde le llevan? —preguntó Sara.

—Eso no es cosa que te importe. Tú cállate y...

—Llamaré a la policía —dijo Sara.

Buck la miró torcidamente.

—Hombre, eso me da una idea —exclamó.

Sara se puso pálida.

—¡No, yo no...!

—Vigíalos, Softy —ordenó Buck.

Softy clavó el cañón de su pistola en el costado de Stark.

—Un solo movimiento y te abraso —dijo.

Buck se acercó a Sara.

—¿Es que me vais a llevar con vosotros?

—No hay más remedio —sentenció el forajido.

Stark frunció el ceño. Aquella pareja de matones, estaban ya advertidos. No podría derrotarlos con tanta facilidad como las veces anteriores.

Sara estaba temblando de pavor. Duck la empujó brutalmente hacia delante.

—¡Andando!

Softy puso la mano izquierda en el hombro de Stark.

—Nos van a asesinar —gimió Sara.

—Ni te enterarás siquiera —rió Buck brutalmente.

Sara fue la primera en salir. De repente, enloquecida por el pánico, se lanzó escaleras abajo, a la vez que prorrumpía en frenéticos gritos de socorro.

Buck maldijo soezmente. Apuntó un instante con la pistola a la mujer, pero se contuvo, pensando que todavía quedaban clientes en

la taberna.

Softy se desconcertó un instante, a causa de la inesperada actitud de la *barmaid*. Stark aprovechó la ocasión.

Retrocedió un paso y golpeó la mano armada de Softy. El pistolero lanzó un gruñido.

Buck se volvió. Stark agarró a Softy por la cintura, lo alzó en vilo y lo arrojó hacia delante con todas sus fuerzas.

Softy chocó con su compañero. Los dos, en confuso montón, cayeron rodando por la escalera con tremendo estrépito...

Stark se inclinó y se apoderó de la pistola de Softy. Un enorme ruido se oyó cuando los dos rufianes llegaron al siguiente descansillo.

Buck fue el primero en incorporarse. Miró hacia arriba y vio la pistola que Stark empuñaba con mano firme.

—Y ahora, ¿qué? —dijo el joven sonriendo—. ¿A quién vais a dar el paseo?

Buck se puso lívido. Sara lanzó un grito desde la entrada inferior.

—¿Estás bien, Duke?

—Sí, preciosa. Anda, llama a la policía.

—Ahora mismo... —Sara lanzó una exclamación de rabia—. ¡Los muy canallas, el miedo que me han hecho pasar! Ahora mismo llamaré...

—¡Espera! —gritó Stark de pronto. Acababa de concebir una idea—. No avises a la policía. Quiero hacer otra cosa —movió la mano izquierda significativamente—. Subid aquí, muchachos —ordenó.

Desmoralizados, Softy y Buck obedecieron sin rechistar. Sara les seguía a pocos pasos de distancia.

—Cierra, Sara —ordenó Stark.

—Sí, cariño.

Stark se encaró con los dos pistoleros.

—Vamos a hacer un trato —dijo—. Sólo quiero que llaméis a Becq y le digáis que todo está arreglado ya. Supongo que os estará aguardando, ¿no es así?

Buck y Softy asintieron en silencio.

—Os tendré encerrados hasta el amanecer. Luego os dejaré libres a condición de que abandonéis la ciudad. De lo contrario, iréis a

parar a los calabozos de la policía. No tenéis otra opción.

Buck se encogió de hombros.

—Así como así, este maldito asunto me empieza a cansar ya —masculló.

—De acuerdo —suspiró Buck resignadamente.

Stark señaló el teléfono.

—Entonces, andando —ordenó.

Media hora más tarde, Stark contemplaba el edificio del Sun Club desde un lugar discreto. Todas las luces estaban apagadas.

—Es la hora ideal para hacer de ladrón de guante blanco —murmuró complacidamente.

Stanley Oates contempló con ojos de asombro la fotografía que su visitante había lanzado sobre la mesa.

—Todavía hay más —dijo Stark—. Y tengo los negativos.

Oates se pasó un pañuelo por la frente sudorosa.

—¿Cómo lo ha conseguido? —preguntó con voz insegura.

—Ése es mi secreto —sonrió el joven—. Pero ahora el que le va a hacer chantaje voy a ser yo.

—¿Usted?

—Sí. Ya sabe qué es lo que quiero, ¿verdad?

Oates se cubrió la cara con las manos.

—Será mi ruina —gimió—. Mi esposa...

—No pensaba en ella cuando se metía en uno de los reservados con una dama ligera de cascos —dijo Stark duramente—. Tampoco le importó que un inocente fuese enviado a la cárcel para toda su vida.

—Becq me matará...

—A Becq le he quitado yo los dientes —aseguró el joven con frío acento—. Por ese lado, pues, no hay nada que temer, pero sí debe temer mi reacción, caso de que no acceda a mis pretensiones —y remachó—: Se trata solamente de hacer justicia.

Hubo un momento de silencio. Al fin, Oates suspiró y dijo:

—Está bien, lo diré todo, señor Stark.

—De acuerdo. Gracias, señor Oates. De una cosa puede estar tranquilo y es que yo no soy un rufián. Tendrá fotografías y negativos cuando sepa que ha declarado todo cuanto sabe en relación con la muerte de Roy Ellar.

CAPÍTULO XII

Frekko abrió la puerta y respingó al reconocer a su visitante.

—¡Usted! —dijo con vivo acento de rabia.

Stark levantó en alto su sombrero.

—El mismo —sonrió alegremente—. ¿Está su jefe?

—Sí, pero...

—Vamos, vamos, avísele. Dígale que quiero hablar con él de un tema muy interesante.

—No sé si podrá...

Stark lanzó una ruidosa carcajada.

—¿Que no podrá? Vamos, no me dé una excusa tan tonta. Si no puede recibirme, peor para él, ¿me entiende?

Frekko vaciló un instante, pero acabó por ceder.

—Pase —dijo con un gruñido.

Stark cruzó el umbral.

—Qué desierto está esto —comentó.

—Todavía no han terminado las reparaciones. Usted y aquella chica...

—Era lo menos que se merecían —cortó Stark fríamente—. Ande, avise a Becq.

Frekko se alejó. Stark encendió un cigarrillo para entretener la espera.

Momentos después, entraba en el despacho de Becq. El dueño del club aparecía pálido de furor.

—¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó con voz hostil.

—Sólo una cosa: saber quién es el asesino de Roy Ellar —contestó el joven, imperturbable.

—No sé nada...

—Le diré una cosa, Becq. Dorothy Evans rectificará su declaración. Stanley Oates hará lo mismo. ¿Comprende lo que le quiero decir?

Becq sonrió burlonamente.

—Ninguno de los dos hará nada —respondió.

—Se equivoca. Ya no puede ejercer presión sobre ellos. Oates recibirá las fotos comprometedoras que tomaron ustedes de él en cuanto haya declarado la verdad de lo que sucedió la noche en que fue asesinado Ellar.

—¿A qué fotografías se refiere? —preguntó Becq.

—¿Por qué no abre su caja fuerte?

Hubo un momento de silencio. De repente, obedeciendo a un súbito impulso, Becq se puso en pie y se precipitó sobre la caja fuerte, situada tras un cuadro.

Instantes más tarde, lanzaba un aullido de rabia:

—¡Está vacía!

—No del todo; le dejé el dinero. Soy honrado —dijo Stark virtuosamente.

—Usted entró aquí...

—Dormían. Fue fácil —contestó Stark con plácido acento.

Becq cruzó una mirada con Frekko.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó.

—Nada —se anticipó Stark a la respuesta del esbirro—. Si me ocurre algo o si dentro de una hora no he telefoneado a determinada dirección, alguien irá a la policía con un voluminoso sobre lleno de fotografías y otros papeles comprometedores.

Becq sintió frío en la espalda.

—Se lo llevó todo —gimió.

—Sí —admitió Stark, sin variar un ápice su expresión.

—Estamos perdidos, jefe —exclamó Frekko, aterrado.

—Calla —gruñó Becq—. Todavía puede haber una solución.

Miró a Stark y agregó:

—Dinero.

—No —rechazó el joven lacónicamente.

Becq comprendió que el hombre que tenía frente a sí era de una pasta distinta a los demás.

—En resumen, usted lo que quiere es...

—El nombre del asesino de Roy Ellar.

Becq se pasó una mano por la cara. Stark se dio cuenta de que reflexionaba.

—Digger está preso. En cuanto a Buck y Softy, le engañaron, a la

fuerza. Ya se han ido de la ciudad esta mañana —declaró.

—Voy a hacerle una proposición, Stark —exclamó Becq repentinamente.

—¿Interesante?

—Sí. Deme solamente tres horas de tiempo. Eso es todo lo que le pido. Dentro de tres horas, vuelva aquí.

Stark meditó unos instantes.

—¿Cómo sé que no me engañará? Puede abandonar la ciudad.

—Algunos de esos documentos me comprometen en cualquier parte del país —alegó Becq.

El joven se decidió al fin.

—De acuerdo. Tres horas —miró su reloj—. Son las ocho. Volveré a las once en punto.

—A las once en punto le diré el nombre del asesino de Roy Ellar —afirmó Becq solemnemente.

Stark se había ido. Becq llenó una copa y despachó su contenido de un trago.

—Tenemos que actuar con rapidez, Frekko —dijo.

—¿Qué es lo que hemos de hacer? —preguntó el esbirro.

—Muy sencillo. Tú me acompañarás y me respaldarás, simplemente.

—De acuerdo. Ganaré algo, supongo.

Becq señaló la caja con un movimiento de cabeza.

—¿Cinco mil?

—Hecho, jefe. Pero ¿estará el otro en casa?

—Vuelve siempre entre siete y ocho de la tarde. Es puntual, Frekko.

—Entonces, no se hable más... salvo una cosa. ¿Cómo piensa obligarle a que le dé ese documento?

Becq abrió el cajón central de su mesa y sacó un revólver de cañón corto.

—Es un argumento persuasivo, ¿no? —dijo, sonriendo malignamente.

—Yo llevo el hermano gemelo —declaró Frekko.

Jack Carpenn tocó el timbre. Una encantadora muchacha acudió en el acto.

—Perdón, señor Carpenn; la señorita Michaels se ha ido ya. Por

casualidad me encuentra usted aquí...

—Es cierto —murmuró el editor—; se me ha pasado el tiempo sin darme cuenta. Y el caso es que tengo que dictar todavía unas cartas muy urgentes.

—Si puedo servirle yo —se ofreció Gussie.

Carpenn miró a la joven unos instantes.

—Es que tendría que ser en casa —dijo—. Espero una llamada importante allí.

Gussie dudó un momento, pero se decidió enseguida. Tenía a Carpenn por una excelente persona.

Además, en los últimos tiempos había adquirido cierta experiencia en la lucha cuerpo a cuerpo. Si Carpenn intentaba propasarse... Pero no lo creía posible.

—Muy bien —dijo al cabo—. Estaré lista dentro de cinco minutos.

—Gracias, señorita Gayle.

Diez minutos más tarde, Gussie subía al coche que conducía el propio editor. En el momento de arrancar, Carpenn dijo:

—Su apellido me suena, señorita Gayle.

—De nada bueno, señor Carpenn —contestó la muchacha—. Tengo un hermano condenado a cadena perpetua por asesinato.

—Pobre chica —se lamentó el editor.

—Pero es inocente y estoy haciendo todo lo posible por lograr la revisión de su condena —agregó ella con vehemencia.

—Si de veras es inocente su hermano, no dudo de que lo conseguirá, señorita Gayle.

Al cabo de veinte minutos, Carpenn detuvo el coche frente a una residencia de lujoso aspecto. Un atildado mayordomo acudió a recibirles de inmediato.

—Jim, conduzca a la señorita a mi despacho privado y sírvala algo de beber. Señorita Gayle, me dispensará unos momentos, ¿verdad?

—Por supuesto, señor Carpenn.

Gussie atravesó el amplio vestíbulo, mientras el editor subía al primer piso de la mansión. El mayordomo abrió la puerta del despacho y preguntó a la joven por sus preferencias.

—Jerez, por favor.

—Al momento, señorita.

Gussie se quedó sola unos momentos. Con aire curioso, examinó el interior del despacho, grande y lujosamente decorado, con cierta clásica severidad de buen tono. Ciertamente, debía esperarse un mínimo de gusto en un hombre como Carpenn, editor de profesión.

El mayordomo vino y trajo la copa de jerez. Gussie le dio las gracias y saboreó lentamente el vino.

Carpenn entró casi enseguida, con la sonrisa en los labios.

—¿Lista, señorita Gayle?

—Cuando usted lo disponga, señor Carpenn —contestó la muchacha.

Stark no se fiaba en absoluto de aquella pareja de rufianes, por lo que decidió averiguar qué era lo que Becq tenía que hacer durante aquellas tres horas.

Apenas se había apostado en su observatorio, vio a Becq y a Frekko que salían de la casa. Los dos sujetos montaron en un automóvil y partieron de inmediato.

Stark puso en marcha el suyo y los siguió con discreción. Treinta minutos más tarde, el coche de los pandilleros se detuvo en el exterior de una lujosa residencia, rodeada de un frondoso jardín.

Becq y Frekko se apearon sin sospechar que habían sido seguidos. Stark había parado su automóvil a prudente distancia.

Esperó unos momentos. Cuando vio que los dos sujetos habían entrado ya en la casa, se apeó y caminó hasta la entrada, junto a la cual se hallaba un pequeño monolito que sustentaba el buzón de las cartas.

El monolito estaba realizado con arte. En su cara externa tenía adosada una placa metálica en la que, en relieve, se leía el nombre del dueño de la mansión:

«J. N. CARPENN»

Stark abrió la boca de par en par, miró hacia la casa y exclamó:

—¿Quién lo hubiera dicho?

La punta del lápiz se rompió de súbito. Gussie lanzó una exclamación.

—¿Qué le ha pasado, señorita Gayle? —preguntó Carpenn.

—El lápiz. Se ha roto la punta...

Estaban en un rincón del despacho. Carpenn se paseaba mientras dictaba unas cartas, que Gussie tomaba en taquigrafía.

—Aquí, en mi mesa de despacho hay una navajita...

Unos golpes en la puerta interrumpieron al editor.

—¿Sí?

El mayordomo abrió la puerta.

—Señor, tiene una visita —anunció.

—Jim, estoy ocupado —contestó Carpenn de no muy buen humor.

—Lo sé, señor, pero...

A través del hueco de la puerta y por encima de los hombros del mayordomo, Carpenn vio una cara que le hizo fruncir el ceño. Volviéndose hacia la muchacha, dijo:

—Excúseme unos minutos, señorita.

—No faltaría más —contestó Gussie reposadamente.

Se quedó sola en el despacho. Miró la punta del lápiz y, poniéndose en pie, se acercó a la mesa de despacho.

La navajita no aparecía en el exterior. Dio la vuelta, se sentó en el sillón y empezó a abrir los cajones.

En el del centro encontró unas tijeras de gran tamaño. Gussie vio una caja de cartón, barata, y pensó que tal vez la navajita podía hallarse en su interior.

Abrió la caja. Sus ojos se dilataron por el asombro al ver cinco muñecos, tres de los cuales aparecían descabezados.

—¡Qué extraño! —murmuró, olvidada por completo de la punta rota de su lápiz.

Contempló los muñecos, que no tendrían más de quince centímetros de longitud, llena de perplejidad. ¿Qué significaban tres cabezas cortadas?

Cuatro de los muñecos representaban hombres. El quinto era una mujer.

Algo empezó a sonar en la mente de la muchacha. Era una idea vaga, confusa, muy nebulosa todavía, pero que, lentamente, empezó a tomar cuerpo.

Cuatro hombres, una mujer... Tres muñecos descabezados... Tres testigos asesinados...

Quedaban dos, un hombre y una mujer... ¿Una superstición fetichista?

¿Sería posible que...?

—Oh, no, resultaría increíble —murmuró.

Pero la idea tomaba cuerpo con más fuerza a cada segundo que transcurría.

Instintivamente, Gussie miró hacia la puerta.

Luego volvió la vista hacia el teléfono. ¿Debía comunicar a Stark su descubrimiento?

Repentinamente, sintió frío. Si Carpenn era el asesino... ¡entonces sabía que ella era la hermana del hombre injustamente condenado!

Empezó a ponerse en pie. De súbito, la puerta se abrió de golpe y Carpenn entró andando hacia atrás, con las manos en alto.

Una fracción de segundo más tarde, entró Becq. El dueño del club vio a la muchacha y respingó, sobresaltado.

Luego sonrió.

—Hombre, esto sí que se llama matar dos pájaros de un tiro —exclamó con fingida jovialidad.

CAPÍTULO XIII

Se oyó un golpe en el vestíbulo, un gemido y luego el ruido de un cuerpo al caer desplomado.

Frekko entró en el despacho, guardando la pistola con la que acababa de atontar al mayordomo.

—Bueno, un estorbo menos...

De pronto se interrumpió.

—Jefe, mire quién está aquí —dijo.

—Ya lo he visto —contestó Becq.

—¿Qué vamos a hacer con ella? Si no la quitamos de en medio, continuará dándonos la lata toda la vida —rezongó Frekko.

Becq levantó la mano izquierda.

—Luego nos ocuparemos de ella —dijo. Se volvió hacia Carpenn—. Bueno, ya es hora de que me dé eso —agregó en tono seco.

—No lo tengo aquí...

La pistola de Becq apuntó directamente al estómago del editor.

—A mí no me engaña ya más —dijo—. O me lo da ahora mismo o lo acribillo a balazos.

Carpenn estaba lívido. Becq miró un instante a la muchacha, con la sonrisa en los labios.

—¿No lo sabía? Él es quien mató a Roy Ellar.

—Me lo figuraba —contestó la muchacha con voz impasible.

—¿Eh?

Gussie sacó de la mesa la caja con los muñecos y los puso en pie, en hilera.

—Vaya —resopló Frekko—. ¿Qué significan tres muñecos sin cabeza?

—Hopkins, Smull y Mac Cann —respondió la muchacha—. Los que todavía tienen cabeza representan a Dorothy Evans y a Oates.

—Una linda manera de contar las «bajas» —dijo Becq sarcásticamente—. Pero éramos nosotros quienes hacíamos todo el

trabajo sucio —exclamó con furia.

—¿Les obligaba a hacerlo? —preguntó Gussie con interés.

—Sí. ¿Es que se cree que me divertía ordenar la muerte de las personas?

—Podía haber ordenado la muerte del verdadero asesino; su conciencia habría quedado mucho más tranquila —dijo Gussie despectivamente—. Pero no, tenían que morir los inocentes.

Becq apretó los labios.

—Basta ya de discusiones —cortó—. Carpenn, el documento —pidió con voz imperativa.

—Lo tengo en la caja de caudales... —contestó el editor.

—¡Ábrala!

Con paso vacilante, Carpenn se acercó a la pared y volvió un cuadro. Una caja fuerte empotrada en el muro, quedó a la vista.

Carpenn la abrió con mano temblorosa.

—¿Qué harán ahora? —preguntó.

Gussie se dio cuenta de que el editor se había desmoralizado. Sin duda, poseía algún documento comprometedor, con el que había estado forzando a Becq a obedecer ciegamente sus órdenes.

Becq vaciló. Ceñudo, Frekko dijo:

—Tendríamos que liquidarlos a los dos, jefe.

Becq extendió una mano.

—Ahora ya no podrán hacernos nada. A fin de cuentas, los testigos pueden comprometer a Carpenn, no a nosotros. Él fue quien mató a Roy Ellar, ¿comprendes?

—Y todavía quedan dos con vida —dijo Gussie:

Carpenn estaba lívido. Terminó de abrir la caja y metió la mano en su interior. De pronto, se volvió, empuñando un revólver. Gussie lanzó un grito.

Becq fue más rápido y metió un balazo en el pecho del editor. Carpenn lanzó una exclamación ahogada, alzó la mano convulsivamente y se apoyó en la pared.

Pero haciendo un esfuerzo sobrehumano, se enderezó y trató de disparar. Becq hizo fuego de nuevo y ahora, alcanzado de lleno en el corazón, Carpenn giró sobre sí mismo y rodó al suelo.

Gussie se mordía los puños para no chillar de miedo. Becq saltó hacia la caja y empezó a mirar en su interior.

—¿Qué hacemos con la chica, jefe? —preguntó Frekko a su jefe.

Becq tenía las dos manos ocupadas con los papeles de la caja fuerte.

—Acaba con ella —ordenó con indiferencia.

—*Okay*.

Frekko metió la mano en el interior de su chaqueta. Sacó la pistola y tiró de la corredera para llevar una bala a la recámara.

Sonó un disparo. Frekko puso cara de asombro un instante. Luego, dobló las rodillas y cayó al suelo.

Becq se revolvió velozmente. Quiso sacar su pistola, pero alguien se lo impidió:

—No se mueva o seguirá el mismo camino que esos dos —dijo Stark, saltando por el antepecho de una ventana que daba al jardín.

Gussie sintió de repente que le flaqueaban las piernas y se sentó en el sillón, tras la mesa de despacho; a la vez que dejaba salir el aire largamente contenido en sus pulmones.

—He llegado a tiempo, ¿verdad? —sonrió Stark.

Ella hizo un gesto de asentimiento. La reacción lógica a los instantes de tensión sufridos le impedía pronunciar una sola palabra.

—Estuve oyéndolo todo, Becq —dijo el joven—. Y también vi cómo disparaba contra Carpenn. Debo confesar que es algo que me cogió por sorpresa; de lo contrario, no se lo hubiera permitido.

Becq se irguió.

—Lo hice en defensa propia —alegó.

—Eso se lo dirá usted al juez y al jurado —contesto el joven—. Sospecho que pensarán que el que quiso defenderse fue Carpenn. A fin de cuentas, estaba en su casa.

Becq se puso pálido.

—Podemos hacer un arreglo —sugirió.

Stark movió negativamente la cabeza.

—Olvidelo —dijo—. No soy de esa clase de gente, debiera saberlo ya. ¿Gussie?

—Sí, Duke.

—¿Se siente ya mejor?

—Desde luego, pero he pasado un miedo horroroso.

—Se comprende —sonrió él—. Ande, llame a la policía.

—Ahora mismo, Duke.

Becq se mordió los labios. La amenaza del revólver de Stark resultaba harto patente para intentar la escapatoria.

—Ahora se aclarará todo —dijo Stark—. Y Jerry Gayle será declarado inocente.

Becq guardaba silencio.

—Lo mató Carpenn —continuó el joven—. Aquella noche, Carpenn estaba jugando una partida de póker con cuatro personas más, todos gente de relativa importancia: Hopkins. Smull, Mac Cann y Oates. Por lo que he podido deducir, Carpenn tenía pensado ya matar a Roy Ellar. Naturalmente, quería hacerlo sin comprometerse.

»La partida de juego se efectuó en la habitación contigua y sonaron voces muy fuertes. Jerry y Ellar discutían a causa del navajazo que el segundo había asestado a Dorothy. Jerry acabó por dar a Ellar un par de golpes y se marchó.

»Carpenn creyó que su ocasión había llegado. Se levantó un momento, con la excusa de ir al lavabo, pasó al cuarto contiguo y disparó contra Ellar, quien yacía inconsciente en el suelo, a causa de los golpes recibidos.

»Luego, tranquilamente, regresó a la partida. Cuando se descubrió el crimen, todos pensaron que había sido Carpenn, ya que conocían las diferencias que tenía con Ellar, a consecuencia, precisamente, de los favores de una dama ligera de cascos que pululaba por el club y también sabían que Carpenn y Ellar habían tenido ya más de una discusión por ese motivo. Lo que todos ignoraban, sin embargo, era que les habían sido tomadas fotografías indiscretas, en momentos de escarceo con chicas en los reservados. Era algo que siempre se hacía en el club con clientes distinguidos, para sacarles dinero algún día si hacía falta.

»En esta ocasión, las fotografías vinieron bien para obligarles a declarar que habían oído pedir clemencia a la víctima. “No me mates, Jerry, dijeron todos que había gritado Ellar”. En realidad, fue una orden dictada por Carpenn. ¿Me equivoco, Becq?».

El dueño del club tenía la cara gris. Su silencio era una prueba inequívoca de la verdad de las afirmaciones sentadas por Stark.

—En cuanto a Dorothy, pero por medio de amenazas de muerte, se le obligó a declarar que había oído jurar a Jerry que mataría a Ellar. Jerry nunca dijo tal cosa; se limitó a darle unos cuantos

golpes. Pero las declaraciones de Dorothy fueron una baza más para el alegato de culpabilidad solicitado por el fiscal.

Gussie dirigió una mirada pensativa al cadáver del editor.

—¿Por qué no me hizo nada a mí, Duke? —preguntó.

—Tenía que aparentar su papel de persona decente. ¿Para qué estaban, si no, Becq y sus acólitos?

—Comprendo. ¿Qué más, Duke?

—Eso nos lo tiene que decir el propio Becq. Resulta extraño que obedeciera tan ciegamente a Carpenn, sin un motivo muy poderoso. ¿Cuál era ese motivo, Becq?

El dueño del club hizo un esfuerzo.

—Está ahí, en la caja —respondió.

—Bien, pero dígalo de viva voz. ¿Cree que voy a caer en la trampa de perderle de vista, revolviendo papeles?

Becq se mordió los labios, furioso.

—El club era suyo, aunque figurase como mío. Yo lo levanté, lo puse en marcha, le di prestigio, gané dinero... y él me lo quitó con malas artes. Dejaba que aparentase como dueño, pero en realidad era él quien lo poseía todo. Tenía que obedecerle o me dejaría en la calle.

Stark comprendió los sentimientos del sujeto. Era su orgullo herido en lo más íntimo lo que vibraba en el tono de su voz al dar aquella respuesta.

—Lo siento —dijo.

—Me hubiera llevado los documentos. Ya no podría haber hecho nada; le hubiera echado a patadas la próxima vez que hubiese ido al club —dijo Becq rabiosamente.

—Ahora ya es tarde para especular con lo que no pudo ser —contestó Stark sentenciosamente.

Hubo un momento de silencio. Stark miraba fijamente a Becq. Sí, ahora lo recordaba; era el hombre que había hablado con Digger en El Enano Cojo. Disfrazado, claro, pensó.

De nada habían servido todos los esfuerzos. ¡Cuánto más se hubieran ahorrado diciendo la verdad desde el primer momento!

Pero, como acababa de decir, era ya tarde para especular con lo que no había sucedido. Una sirena policial se oyó a lo lejos, acercándose rápidamente a la casa. Becq se puso rígido.

—No se mueva —ordenó el joven.

Becq dudaba. El coche policial se paró delante de la casa con gran chirrido de frenos. El sonido de la sirena murió rápidamente.

De súbito, Becq echó a correr hacia la ventana.

—¡Quieto! —gritó Stark.

—Dispare contra mí si se atreve —le desafió Becq, a la vez que ponía una mano en el antepecho.

Stark levantó la pistola, pero bajó la mano casi en el acto. No, no era lo mismo que disparar contra un hombre que estaba a punto de asesinar a una persona.

Becq saltó al jardín. De pronto se oyeron varios disparos, muy rápidos.

Gussie se puso las manos en la boca. Sonaron dos disparos más. Luego sobrevino el silencio.

Stark guardó el revólver.

—Lo que falta por hacer ahora es cuestión de trámite —dijo, mirando a la muchacha fijamente.

Stark dio dos palmaditas en la mejilla de Sara y sonrió.

—Tu ayuda fue inapreciable —dijo.

—Pero me dejas —se lamentó ella.

Stark hizo un gesto ambiguo. Sara suspiró.

—No me gusta retener a nadie contra su voluntad. Ella es más guapa que yo.

—No se trata de eso, Sara. Pero uno no manda siempre en los propios sentimientos.

Abandonó la taberna. Media hora después, llamaba la puerta del departamento de Gussie.

La muchacha le recibió de uñas.

—Ya sé que ha conseguido el mandamiento de libertad para Jerry —dijo.

—Era lo que cabía esperar, ¿no? —sonrió.

—Bueno, ¿y dónde está? Tengo que ir a sacar a Jerry...

—No se preocupe; ya hay quien lo va a hacer por usted.

—¿Cómo?

—Jerry se sentirá muy contentó de saber que su hermana tuvo un papel destacado en la revisión del proceso, pero sospechó que le gustará más que sea Dorothy quien le espere a la puerta de la penitenciaría.

Gussie le dirigió una mirada penetrante...

—Con que era eso —murmuró.

—¿Le parece una decisión equivocada?

—Hombre, me hubiera gustado...

—Deje a un lado su actitud maternal y piense que Jerry es un hombre. Ya le ha ayudado bastante; permita que Jerry rehaga su vida por sí mismo.

—Y con Dorothy al lado.

—Claro.

—Bueno, si usted lo dice...

—Es lo mejor, créame, Gussie. Ahora podríamos hallar de nosotros.

Gussie arqueó las cejas.

—¿Qué es lo que tenemos que hablar, Duke?

—Discutir nuestro futuro... en común.

Gussie sonrió.

—¿Hay mucho que discutir, Duke? —preguntó.

—Yo creo que no —respondió él—. ¡Es tan sencillo armar el futuro de dos personas, hombre y mujer!

Los brazos de Duke rodearon la cintura de la muchacha.

—¿No es difícil, verdad? —agregó.

—Resulta sencillísimo —contestó Gussie—. Basta con amar.

—Y fijar el día de la boda —concluyó Stark.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

